

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 287

BUENOS AIRES, JUNIO 30 DE 1928

El ejemplar
20 Centavos.



SUMARIO DE ESTE NUMERO :

La reducción de la jornada de trabajo—Más sobre la evolución del moderno proceso evolutivo y sobre las causas de la desocupación, D. A. DE SANTILLAN—Federalismo y anarquía, LUIS FABBRI—El problema del amor, ERRICO MALATESTA—Los seis caminos, RUDOLF ROCKER—El comunismo anarquista, PEDRO KROPOTKIN—Los elementos fundamentales de la organización social, PIERRE RAMUS—Miguel Bakunin desde sus comienzos hasta 1864, MAX NETTLAU—El pájaro sagrado—El niño, Octavio Mirbeau—Luisa Lallana (verso), PEDRO GODOY—Gilda de Amigos del Libro: Circular a los socios—Publicaciones recibidas

D. A. DE SANTILLAN

LA REDUCCION DE LA JORNADA DE TRABAJO

MAS SOBRE LA EVOLUCION DEL MODERNO PROCESO PRODUCTIVO Y SOBRE LAS CAUSAS DE LA DESOCUPACION

Se ha hecho algo en el curso de los últimos tres años de propaganda. No estamos ya en la misma situación que en marzo de 1925, cuando, en el congreso de Amsterdam de la Asociación Internacional de los Trabajadores, proponíamos y se aceptaba con un poco de indiferencia una resolución favorable a la lucha por la jornada de seis horas. La prensa anarquista y obrera revolucionaria se ha ocupado de este asunto y no han surgido en todo el mundo más que voces favorables a la iniciativa de la reducción de la jornada.

Con muy raras excepciones, el comunismo moscovita coincide con el reformismo en el silenciamiento de nuestra campaña; comprendemos las razones de esa actitud y esperamos que las masas que responden a esos movimientos las comprendan también y pasen por sobre la cabeza de sus jefes hacia la realización de una vida más humana y solidaria.

El reformismo no hablará de las seis horas porque está íntimamente ligado al capitalismo internacional y no se embarcará en una lucha que no sea grata al capitalismo; los comunistas dependen de las indicaciones del gobierno ruso, y no hay que esperar que ese gobierno, que no respeta siquiera las ocho horas, haga propia una idea que fortalecerá las posiciones del proletariado y debilitará las de sus explotadores.

Sin embargo no estamos ya donde estábamos ayer. La idea de las seis horas no puede desaparecer. Y no desaparece por dos razones: porque se halla vastamente difundida y porque su necesidad es avivada incesantemente por la trayectoria del capitalismo, que en su desarrollo incontenible crea la situación que nosotros nos proponemos contrarrestar con una reducción de la jornada.

En todos los idiomas y en todos los países se propaga la idea de las seis horas, no como una consigna demagógica, sino como concreción de la única salida que nos queda, dentro del capitalismo, para defender la vida de los trabajadores y su derecho a un poco más de justicia y de bienestar. En otra ocasión hemos de resumir, aunque sea brevemente, las opiniones de distintos periódicos, organizaciones y camaradas sobre la reducción de la jornada. Queremos contentarnos hoy con una reafirmación de lo que hemos dicho tantas veces en torno al asunto de la mayor capacidad productiva del aparato moderno de producción capitalista unida a una disminución de los brazos humanos necesarios, lo que constituye una de las fuentes principales de la actual desocupación obrera internacional.

A pesar del silenciamiento de nuestra iniciativa, la necesidad de reducir la jornada se hace sentir generalmente. Recordemos que en el congreso de los

obreros de la construcción adheridos a la American Federation of Labor, celebrado en diciembre de 1926, Mr. Green se manifestó de acuerdo con el programa de Mr. Ford de reducir a cinco días la semana de trabajo. Dijo también que los trabajadores eran partidarios de los cinco días de trabajo por semana por razones económicas y humanitarias, pues creen que el programa es práctico si se considera desde el punto de vista de que es necesario nivelar la producción y el consumo, y porque tiende a aumentar la eficiencia del trabajo de los obreros.

Y terminó diciendo: "Se ha inaugurado en este país la reducción de los días de trabajo por semana y creo que con el tiempo el programa se hará general para todas las industrias".

Como se sabe y se repite a menudo, la productividad de los Estados Unidos es hoy inmensamente mayor que antes de la guerra, y sin embargo los obreros necesarios se han reducido, habiendo en el país de los multimillonarios alrededor de cinco millones de trabajadores desocupados y dándose el caso de remates de obreros en las plazas públicas y de otras formas de la degradación producidas por la miseria extrema y crónica.

El proceso de la sustitución de la mano de obra por el trabajo mecánico, naturalmente, no es nuevo; es un proceso inherente al capitalismo; sólo que en estos últimos años, durante y después de la guerra, adquirió una magnitud alarmante y una intensidad que tiene todos los caracteres de una revolución industrial.

En las "Cartas a Judd", el escritor Upton Sinclair tiene pasajes como este:

"Hace 27 años nuestro gobierno (se refiere, claro está, a los Estados Unidos) hizo un estudio del poder de la mano de obra comparado con el de las máquinas en algunas industrias conocidas; unos para hacer a mano 10 arados emplearon 1180 horas, mientras que las máquinas emplearon solamente 37 horas y media; para hacer 100 pares de botines ordinarios a mano emplearon 1436 horas y las máquinas sólo 134 horas. Por estos cálculos parece que las máquinas han acortado la duración del trabajo personal en algunos casos en un 80 por ciento y en otros en un 90 por ciento.

"Esto fué en 1898 y desde entonces ¡cuánto no se ha hecho! Tenemos las fábricas de Ford con 165.000 obreros y lanzando al mercado 2.500.000 autos y tractores por año, o sea uno por cada veinte días de trabajo de cada obrero. En Chicago los grandes hornos accionados a electricidad producen 14.400 perfectos panes por día. Yo tengo un amigo que compró una máquina de imprimir libros que lanza volúmenes de 64 páginas a razón de 5.000 por hora. Uno ve salir hojas como por encanto... El señor R. B. Babson,

que se ocupa de estadísticas, presenta cifras que nos indican que 13 importantes industrias producen 88 veces más que lo que producían a mano"...

He aquí unas cifras relativas a Holanda, pero aplicables en general a casi todos los países industriales. Fueron recogidas por la Oficina del Trabajo de Ginebra hace algún tiempo y las hemos comentado en su oportunidad.

Según esas cifras, la producción total desde 1921 a 1925 aumentó un 19 por ciento, y el número de brazos no aumentó en ese tiempo más que un 3 por ciento. En la industria del papel la productividad aumentó un 85 por ciento, y el número de los trabajadores sólo lo hizo un 15 por ciento. En la industria metalúrgica subió la producción un 20 por ciento y el número de los trabajadores ocupados disminuyó un 1 por ciento. En la industria de la margarina la producción por obrero era de 17.5 toneladas en 1921, de 23.5 en 1922, de 29.1 en 1923, de 31.4 en 1924, de 39.2 en 1925. En la industria del caucho se obtienen también cifras elocuentes. En las construcciones navales el número de toneladas de material construido por obrero ascendió de 40 a 65. En la industria del calzado, 9000 obreros produjeron cinco millones de pares de zapatos en 1921; en 1925 la producción fué de siete millones. En la industria de las bicicletas, de 38 que producía un obrero en 1921 se llegó a 58 en 1925.

Sólo haría falta un poco de paciencia para comprobar en todas partes la exactitud de esta ley económica, si es que se conviene en llamarla así: la capacidad productiva de la industria aumenta de día en día, en cambio disminuye o no aumenta en las mismas proporciones el empleo de brazos humanos.

He aquí lo que leemos en una revista alemana (*Urania*, Heft 5, 1927—28, Jena):

"La técnica no conoce ningún sosiego. En todos los dominios la máquina suplanta el trabajo manual. Con la invención de la draga para cables obtiene el progreso técnico un nuevo triunfo, con todos los aspectos de luz y de sombra de la racionalización.

"La máquina se compone de una draga de fosos y de un carro para el cable, todo lo cual descansa en un remolcador sistema oruga. La draga cava un foso de 1.10 a 1.60 metros de ancho y de 45 centímetros de profundidad, en tiempos variables, de 93, hasta de 80 y 62 metros. Rastrillos hacen posible la desocupación de las paletas de la draga incluso con la tierra más pegadiza. La tierra de la excavación cae por un vertedor sobre una barra transversal y de ésta a un sistema de transporte de 12 metros de largo. El cable se desenrolla del tambor sobre el brazo del cable y cae en el foso abierto, que vuelve a ser rellenado por la tierra al volver a caer, colocando un obrero una teja para proteger el cable antes. El carro del cable, pisa con sus cadenas oruga el foso rellenado, mientras que un arado de la tierra anexo allana y afloja el terreno. La presión de la máquina entera de 22 toneladas, gracias a la ancha superficie de las ruedas oruga no es mayor que la de un hombre normal. Todo el agregado de la máquina es de 18 metros de largo y 3 de ancho. Puede poner por sí misma el cable en las carreteras. Tampoco ofrece dificultades el transporte por los caminos, pues la máquina tiene una velocidad de 3.5 kilómetros por hora aprovechando su propia fuerza motriz.

Lo importante en la máquina, que cuesta 50.000 marcos aproximadamente, es el hecho que con 5 o 6 obreros realiza lo que apenas pueden hacer 150 con el trabajo manual. Esa multiplicación del rendimiento del trabajo humano por la draga de cables representa un abaratamiento de una sexta parte de los gastos de ese trabajo. Hasta aquí el tendido de los cables costaba 2000 marcos por kilómetro, con ayuda de la draga no costará más que unos 350 marcos. El alto costo del tendido de cables era hasta aquí una de las más importantes razones por las que se preferió la conducción aérea en la provisión de la electricidad así como en el tráfico de los tranvías y del correo, a la conducción subterránea, a pesar de que esta última tiene triple duración.

"La introducción de la nueva máquina es también de gran importancia económica, porque con la supresión de la conducción aérea casi desaparecen los altos gastos de sostenimiento y las perturbaciones de las líneas así como el peligro para la vida y la salud en los daños materiales y en las tempestades. Con ayuda de la draga de cables se abren para la economía eléctrica nuevos dominios y, donde la provisión de energía eléctrica está en manos del Estado, los precios de la corriente se reducirán. No se tardará mucho en ver desaparecer de las carreteras las sinfonías, porque los hilos telefónicos se colocarán también bajo tierra, como ha declarado un representante del ministerio de correos al observar la primera máquina tendidora de cables puesta en movimiento por la asociación Zeitz de electricidad. Pero la introducción de la draga de cables tiene también sus partes sombrías, pues en el orden social actual significa aumento de la desocupación. Además existe el peligro de extender todo lo posible la jornada de trabajo en la máquina "para que se pague más rápidamente", según advirtió un ingeniero al inspeccionarla. Los modernos obreros industriales no son ciertamente asaltadores de máquinas, porque saludan en sí el aumento del rendimiento del trabajo humano. Pero sería distinto si en lugar de pagar esa mayor productividad con una prolongación de la jornada, la pagasen con una reducción del horario de trabajo.

"La demanda urgente de los trabajadores ante todo progreso de la racionalización tiene que ser la disminución de la jornada de trabajo.

"El moderno obrero industrial, con la racionalización se convierte en un esclavo de la máquina, se convierte en una verdadera máquina él mismo. Pues la máquina determina el ritmo del trabajo y la intensidad. Al observar la máquina declaró el constructor al que estas líneas escribe: "El obrero tiene que guiarse por la máquina. No tiene ningún minuto libre más en el progreso del trabajo". Pero esa labor exige mejor salario y menor jornada de trabajo. Es bastante con que los obreros paguen mediante la mayor desocupación y la mayor explotación de su fuerza de trabajo, el sextuple abaratamiento de la producción aumentada treinta veces, la disminución de los precios de la corriente. Con el método científico de explotación tiene que seguir paralelamente un salario más elevado y una mayor defensa de la fuerza de trabajo.

"No es la lucha contra el progreso técnico lo que prepara el camino a un mejor orden social, sino la lucha contra su empleo para una mayor explotación".

Hasta aquí la transcripción; no creemos necesario añadirle comentario alguno.

Apenas queda esfera de actividad que no haya sido invadida por el maquinismo, y donde el maquinismo entra suprime brazos humanos en cantidades variables, pero siempre desaloja del proceso productivo un número mayor o menor de personal. De ahí que lo que debería constituir un alivio para la humanidad se convierte en una plaga, porque el proletariado no puede vivir sin trabajar y si la introducción de una máquina le priva de trabajo, se explica uno que no mire con excesiva complacencia el progreso técnico que en especial después de la guerra fué formidable, pudiéndose hablar con razón de una revolución industrial.

A fines del siglo XVIII, cuando se puso de moda la suspensión de las pelucas, un gran número de oficiales peluqueros quedó sin ocupación. Entonces el ingeniero Prony, encargado por la Convención nacional de Francia de calcular nuevas y grandes tablas de logaritmos, halló el medio de reducir los cálculos más difíciles a simples sumas y restas, y se encargó a los peluqueros sin trabajo de la ejecución de las nueve décimas partes de los cálculos que se consignaron en diez y seis volúmenes en folio.

Esa suspensión de la inteligencia y de la habilidad profesional en el trabajo, de que es un símbolo la conversión de los peluqueros de París en matemáticos, caracteriza hoy, en proporciones aterradoras, la revolución técnica que se está operando. En los grandes establecimientos no se necesitan ya los obreros de oficio; toda la labor a realizar se aprende en una hora o en unos días, porque se reduce a vigilar el proceso de trabajo de algunas máquinas.

Y hasta la simple vigilancia de las máquinas se hace de modo que cada día exige menos personal, gracias a una serie de innovaciones y de transmisiones ingeniosas. En la Lincoln Motor Co. de Detroit, un taller que contiene 78 máquinas-herramientas es dirigido enteramente por 22 obreros, incluso los capataces y la inspección.

En la Colt Patent Firearms Manufacturing Co. de Hartford, Connecticut, en uno de los talleres un solo hombre asegura el funcionamiento de 8 fresadoras para piezas separadas.

Otro ejemplo singular del ahorro de brazos humanos por la invasión del maquinismo: la Flat Rock Plant de Detroit, que se dedica a fabricar lámparas para automóviles y que produce 14.500 por día, no necesita para el niquelaje de esa gran cantidad de lámparas más que dos hombres que vigilan toda la operación electrolítica que se hace mecánicamente.

Y en este orden de hechos se puede citar también que en los establecimientos Ford, 670 trabajos los realizan hombres privados de las dos piernas, 2637 trabajos los llevan a cabo hombres con una sola pierna, dos individuos sin brazo alguno realizan también determinadas labores, 715 obreros a quienes les falta un brazo hallan ocupación en los establecimientos Ford y hasta diez ciegos trabajan allí. Eso quiere decir que en la industria moderna el factor humano es hasta cierto punto menospreciable; pero no todo el proceso de producción alcanza el grado de perfeccionamiento mecánico que tiene en los talleres Ford; en muchas otras partes el hombre puede influenciar e influenciar efectivamente los resultados de la producción. Sobre todo en los países de industria naciente o de poca industria.

Allí donde no se ha operado aun la mecanización completa del obrero junto a las máquinas, el factor humano desempeña un papel significativo en la vida económica productiva. De su actividad, de su aplicación, de su habilidad, de su energía depende mu-

cho del resultado final. Con un proletariado denutrido, sin energías, sin voluntad, el trabajo tiene que resentirse, la producción tiene que sufrir.

En la agricultura no se llegó todavía al grado de mecanización que se tiene en la industria. Sin embargo nuestras consideraciones se aplican también a este dominio del trabajo.

De la zona papera de Balcarce nos han enviado un prospecto sobre una máquina "Hoover" para sacar papas que cuesta armada y lista para funcionar sólo trescientos pesos.

En ese prospecto comercial se lee:

"Cuando el mercado de patatas ofrece perspectivas de precios bajos (como en el presente año) hay que reducir los gastos de producción. Recordamos a los chacareros que la cosecha del año 1924, en cuyo año los precios obligaron a emplear máquinas sacadoras para disminuir los gastos, trabajaron con éxito más de cien sacadoras de papas en este partido. Los poseedores de estas máquinas han continuado empleándolas, teniendo en cuenta sus innegables ventajas, no obstante los remunerativos precios del producto en 1925 y 1926. Hoy se renueva el problema del año primeramente citado, y el agricultor que quiera obtener beneficios de la presente cosecha, debe pensar en reducir los gastos para encontrar la utilidad a que tiene derecho".

Y se hace el siguiente cálculo: Un chacarero que tiene tres hectáreas de papas, con un rendimiento medio de diez mil kilos por hectárea, en la época de la cosecha debe calcular un gasto de un centavo por kilo, o sea unos trescientos pesos de gasto por las tres hectáreas.

Con la máquina "Hoover" se hace el mismo trabajo en un día por 88 pesos solamente.

¡Que los prácticos rectifiquen o amplíen esas cifras! Lo que a nosotros nos importa hacer resaltar es que hace bien pocos años nos hubiera tomado por locos un chacarero a quien hablásemos de una máquina sacadora de papas, que no necesita más que un peón para manejarla y sustituye a ocho o a diez hombres. Hoy es una realidad, y contribuye con su cuota al acrecentamiento del ejército de la desocupación obrera.

También se están a punto de realizar amplios perfeccionamientos en las máquinas deschaladoras de maíz, un trabajo agrícola que se hacía a mano y que ofrecía todavía a numerosos obreros un cierto período de trabajo seguro.

Son significativos los siguientes datos relativos a la agricultura alemana: En 1907 había en Alemania 198 máquinas para sembrar papas; en 1925 la cifra de esas máquinas llegaba a 47.837; en 1907 había más de 10.000 cosechadoras de papas y en 1925 más de 170.000. La cifra de las sembradoras de cereales era en 1907 de 218.567 y en 1925 llegó a 509.176.

De una revista social-demócrata alemana transcribimos los siguientes datos, relativos a Alemania y que dan una idea de la gran transformación industrial y mecánica operada en los últimos tiempos:

"La capacidad de rendimiento de las máquinas motrices en la industria se ha triplicado casi (aumento de 183.7 por ciento). Hay que tener en cuenta, sin embargo, que una parte del camino ha sido hecho ya en el período de 1907 a 1914. Nos falta una esta-

dística de los motores existentes en el país que pudiera ilustrar ese proceso. Pero las cifras que se conocen de los diversos Estados (Prusia, Baviera) testimonian que la capacidad de rendimiento de las máquinas a vapor ha aumentado en los siete años antes del último informe sobre los establecimientos y antes de la guerra en un 50 por ciento. Hay que suponer, pues, que ya antes de la guerra las fuerzas motrices en la industria habían alcanzado en el actual territorio alemán una capacidad de rendimiento de 9 a 9.5 millones de caballos de fuerza. Durante la guerra se detuvo ese proceso y se contrarrestó por un retroceso. El ascenso se inició de nuevo en 1920-21 y avanzó de un modo maravilloso, de manera que en cinco años se ha duplicado la capacidad de rendimiento de los motores.

Esa velocidad es única en la historia de la economía mundial; el record fué alcanzado por los Estados Unidos durante la guerra; allí las fuerzas motrices de la industria llegaron de 22.3 millones de caballos de fuerza en 1914 a 29.3 millones en 1919. Ese record (aumento de 7 millones de caballos de fuerza en cinco años) fué superado en Alemania en el período de la post-guerra (aumento en cinco años de 8 a 9 millones de caballos de fuerza).

"Junto con ese crecimiento de las fuerzas motrices se produjo en la industria alemana una transformación: en 1907 había un 75 por ciento de las fuerzas motrices procedentes de motores primarios y sólo el 25 por ciento eran motores eléctricos; en 1925 había un 65 por ciento de todas las fuerzas motrices electrificadas".

El proceso de la electrificación de la industria en Estados Unidos se ha operado según estas cifras: en 1909 había un 26 por ciento de fuerzas motrices eléctricas; en 1923 había un 63 por ciento.

Estos datos nos ponen ante el cuadro de una gran conmoción económica provocada por la transformación de la industria, por su mecanización monstruosa. Esto tenía que repercutir hondamente en el mercado del trabajo, y ha repercutido, ofreciéndonos el espectáculo de diez millones de obreros sin trabajo en Europa, de cinco millones en los Estados Unidos, etc. Se puede probar con las estadísticas en la mano que se produce hoy más que antes, que se necesitan para ello menos brazos humanos, que el proceso de la producción es más barato y que las ganancias capitalistas son mayores.

Reproduzcamos otras cifras más, tomadas al azar. Todas demuestran la verdad de la tesis que sostenemos.

En los ferrocarriles argentinos había el año 1913 132.810 obreros y empleados ocupados. La red ferroviaria aumentó y sin embargo en 1922 no había más que 119.452 obreros y empleados. Y al aumento de la red ferroviaria hay que añadir el mayor tráfico de carga y pasajeros.

El año pasado tomábamos de un periódico de Cuba la siguiente descripción de la industria tabaquera en Puerto Rico, una situación a la cual se va asemejando la de Cuba:

"En Puerto Rico hay en funciones más de 125 máquinas de hacer cigarros. Anteriormente trabajaban de 8000 a 8500 tercederos; ahora, con las máquinas, solamente trabajan 1200; el resto "emigró". El trust ocupaba solo 5000 tabaqueros; ahora emplea 600 y le sobran. Así que las máquinas de hacer cigarros en Puerto Rico redujeron el número de los tercedo-

res en un 85 por ciento; sólo un 15 por ciento queda trabajando y en malas condiciones".

De una investigación en las minas del Ruhr sobre el empleo del trabajo mecánico damos los siguientes resultados:

En 1924 sólo se obtenía un 25 por ciento de la producción mediante procedimientos mecánicos; en 1925 la proporción se elevaba a un 51 por ciento y en 1926 a un 70 por ciento. Para 1927 se esperaba que la mecanización alcanzaría a un 85 o 90 por ciento.

Eso supone un mayor rendimiento del trabajo por obrero. En realidad los primeros años, hasta la amortización del costo de las innovaciones introducidas, los gastos del capitalismo aumentan; pero las ganancias son por su parte mayores y las perspectivas mucho más lisonjeras todavía.

Algunos gobiernos provinciales de este país están fomentando la construcción de elevadores de granos. Es de prever que no han de pasar muchos años sin tener en todas las estaciones importantes de carga, en todos los puertos fluviales, elevadores de granos. La cuestión, como se sabe, tiene su anverso y su reverso; uno es grato y el otro ingrato, pues, si por un lado alivia el esfuerzo humano, donde lo alivia, porque por lo general es un nuevo recargo de intensidad para los que trabajan, y por otro reduce al mínimo el personal necesario y ahorra el tiempo de las operaciones de carga y descarga, reduciendo por consiguiente su costo.

Los progresos del maquinismo no serán realmente beneficiosos más que cuando los trabajadores reclamen para ellos también una parte de las ventajas que aporta el trabajo mecánico.

Un dato que puede ilustrar las consecuencias que aportarán los elevadores de granos para los trabajadores, nos lo dan estas cifras:

En el puerto de Hamburgo, a pesar de haber aumentado considerablemente el tráfico de carga y descarga, en el año 1926 trabajaron por término medio diariamente 13.979 obreros, mientras que en el año anterior, con menos movimiento, habían trabajado 14.668, lo que quiere decir que el personal disminuyó un cinco por ciento, aumentando su rendimiento simultáneamente.

Nos referíamos más arriba a la reducción del personal en los ferrocarriles argentinos. El ejemplo de los ferrocarriles norteamericanos es también elocuente. Si se hubiese conservado en 1926 el rendimiento de trabajo por obrero que se tenía en 1890, en los ferrocarriles, se hubiera necesitado dos veces y media más personal del ocupado actualmente. Y hay que advertir que esos progresos en la reducción del personal por la racionalización se deben en su mayoría a los últimos diez o quince años.

También fuera de las fábricas se hace sentir el proceso de la racionalización.

En el informe de 1926, el Banco del Credit Lyonnais dice:

"El estudio y la aplicación de todas las medidas que permiten intensificar el trabajo y simplificarlo sin perjudicar la buena ejecución y el contralor indispensable, se prosiguen sin descanso; conviene señalar particularmente, en este orden de ideas, la generalización progresiva del empleo de las máquinas..."

El espectáculo de un Banco viejo estilo, es el de una abigarrada multitud de empleados, cada uno de los cuales atiende una función especial en el compli-

cado engranaje de la contabilidad y de las operaciones bancarias. Un Banco moderno, por grandes y múltiples que sean sus operaciones, llama la atención por el escaso personal que necesita. Y el secreto de este fenómeno está en las salas de máquinas, donde con algunos aparatos mecánicos se hace la labor de todo un cuerpo de escribientes y de tenedores de libros.

En un informe de la Banque de Bruxelles, 1926, una de las mayores organizaciones bancarias belgas, se lee:

"La nueva reducción del aumento de nuestros empleados, que pudo obtenerse como consecuencia del mayor empleo del maquinismo, nos compromete a estudiar nuevas aplicaciones".

Un banco regional de Francia, la Banque Generale du Nord, redujo cerca del 15 por ciento el número de sus empleados, a causa de la introducción de las máquinas y de una reorganización de los métodos de contabilidad (R. Louzon en *Revolution proletarienne*, nov 1926, París).

* * *

Por los datos anteriores, que podríamos multiplicar hasta lo infinito, se advertirá que la moderna plaga de la desocupación tiene su fuente principal en el desenvolvimiento del proceso mecánico de la producción y en el monopolio capitalista de los beneficios que los progresos técnicos aportan. No nos detenemos a examinar las medidas irrisorias planeadas por el reformismo para hacer frente a ese mal. Lo hemos hecho ya innumerables veces, e innumerables veces hemos demostrado que a esta situación, dentro del capitalismo, no hay más que una salida: la reducción de la jornada de trabajo.

Esto lo reconocerá todo el que estudie desapasionadamente la situación y no se deje llevar por nin-

gún preconcepto. Por nuestra parte continuaremos insistiendo sobre este tópico hasta que las grandes masas se dispongan a su realización.

He aquí lo que podría resultar de una aplicación de las seis horas como jornada máxima en la Argentina:

El Departamento Nacional del Trabajo calcula la población obrera de Buenos Aires, en febrero de 1928, en 465.932 personas.

Tomemos el dato como aproximado. Ahora bien, más de una vez se habló de la existencia de 100.000 obreros sin trabajo en Buenos Aires, cifra que no parecerá excesiva a quienes buscan empleo en la gran urbe. Veamos ahora prácticamente lo que podría resultar con la aplicación de las seis horas en nuestros medios.

465.932 obreros, en el supuesto de las ocho horas, trabajan cada día 3.742.456 horas.

Si trabajasen la jornada máxima de las ocho horas, tendríamos un total de 2.795.592 horas diarias, lo que nos daría un excedente de 946.864 horas. En las condiciones actuales el trabajo de estas horas equivaldría al empleo de 157.810 hombres; ahora bien, calculando en 100.000 el número de personas desocupadas, nos quedarían, después de integrarlas al proceso productivo, 346.864 horas diarias, que fácilmente se liquidarían con creces a consecuencia del aumento de la intensidad del trabajo, resultante de una menor jornada.

He ahí como, automáticamente, con una reducción de dos horas diarias por obrero, desaparecería la desocupación en Buenos Aires y en todo el país y se iniciaría una época de relativo equilibrio económico, porque aumentaría el consumo interno gracias a la mayor capacidad de compra de 100.000 obreros que hoy, por la desocupación, tienen que reducir al mínimo sus satisfacciones.

LUIS FABBRI

FEDERALISMO Y ANARQUIA

Poco antes que, a fines de 1926, el fascismo aplastase en Italia definitivamente toda libertad de prensa, en las columnas de algún periódico que resistía todavía a la tormenta en defensa de la anarquía, se ha discutido por cierto tiempo sobre el federalismo.

Dos compañeros, Gigi Damiani y Carlos Molaschi, aunque inspirados por un mentalidad un poco diversa, el uno de tendencia más bien individualista y el otro con una orientación más específicamente socialista, aludieron repetidamente — en especial el segundo — a la idea de que el federalismo pudiese ser un vehículo de realizaciones anárquicas, una forma de lucha por la libertad contra el predominante y absorbente centralismo estatal.

A ello estimulaba la actitud original, y herética en relación al republicanismo oficial, de algunos grupos

republicanos juveniles, los cuales volviendo a tomar algunas fórmulas del federalismo republicano del siglo pasado, lo llevaban hacia conclusiones tan avanzadas y audaces que se asemejaban bastante a conclusiones anarquistas. Por otra parte, la tiranía fascista planteaba en el terreno de la realidad más opresivo el problema de una lucha por la libertad, que se aparecía cada vez más necesaria; mientras que las probabilidades de una caída del fascismo, — se estaba entonces al día siguiente de la crisis determinada en Italia por el asesinato de Matteotti, — ponía en perspectiva el peligro de una solución política aparentemente antifascista, pero en realidad conservadora y con una centralización de los poderes estatales y militares no menos absoluta que la centralización fascista. Pareció a algunos amigos nuestros, en-

tonces — y tal vez no sin razón — que una fórmula revolucionaria-federalista podía constituir una buena plataforma de lucha tanto contra el fascismo imperante como contra las fuerzas conservadoras unitarias y estatales.

No se trataba, entendámonos bien, de un programa verdadero y propio, y tanto menos para nuestros compañeros de una sustitución de programas, sino simplemente de un argumento de estudio: de estudio de una situación y estudio de una posibilidad de batalla. A ese estudio los dos compañeros nuestros más arriba indicados contribuyeron útilmente con un par de folletos. *Il problema della Libertà*, de G. Damiani, y *l'ederalismo e Libertà*, de C. Molaschi, — y el segundo con algunos artículos, sobre el argumento de los cuales intervinieron, a modo de discusión y clarificación, Errico Malatesta, el suscrito y algún otro que no recuerdo.

La polémica se concluyó muy pronto en torno a la opinión concorde de que no había en sustancia nada nuevo que agregar al programa anarquista ya conocido, y que la necesidad impelente consistía en continuar combatiendo por la libertad en todos los terrenos, sea por todas las causas de liberación que los acontecimientos hacían surgir a cada paso, sea por todas las libertades parciales que eran conculcadas y suprimidas, sea paralelamente y sin transacciones por la libertad integral, individual y colectiva, que es la reivindicación típica del anarquismo.

Aquellas discusiones tuvieron algún eco también entre los compañeros emigrados en el extranjero; y alguno de éstos tuvo hasta el temor, por un momento, de una tendencia desviatoria que se abriese camino entre nosotros. No era así, absolutamente, ni podía ser; que el estudio y la investigación de la verdad, características constantes del anarquismo, que no conoce verdades absolutas y definitivas sino sólo verdades aproximativas y provisorias, siempre susceptibles de ser completadas y superadas, no constituyen nunca por sí una desviación, mientras no nieguen el punto de partida, que para el anarquismo es la idea de libertad para todos como fin y como medio.

La reedición, entonces reciente, de escritos en gran parte ignorados y olvidados de los grandes pensadores federalistas y republicanos italianos del siglo pasado, Ferrari, Cattaneo, Rosa, etc., pareciendo cosa nueva y casi una revelación para algunos, había suscitado entusiasmos quizás exagerados; y ciertas afirmaciones y puntos de vista, que todavía hoy parecen audaces y precursores del anarquismo actual, tal vez condujo a una valoración histórica y teórica de los mismos más aparente que realmente justa. Pero el error de perspectiva era de importancia secundaria y sin consecuencias prácticas para quien — y todos los anarquistas que participaron en la discusión quedaron concordes con esto hasta el escrúpulo — conserva intacto el punto de partida y el punto de llegada,

par quien continúa queriendo en el fin y en los medios la libertad para todos, base fundamental del anarquismo.

Pero merece ser aclarado lo que entonces podía hacer nacer la confusión de ideas, y que puede volver a hacerla resurgir siempre que la cuestión del federalismo vuelva al terreno de la discusión. Algún equívoco al respecto se ha repetido últimamente, incluso fuera de Italia, en ocasión de la publicación póstuma de uno de los últimos escritos sobre el federalismo de Pedro Kropotkin, en el cual algunos adversarios del anarquismo han creído ver como una alusión a sustituir el anarquismo por el federalismo como programa: cosa absolutamente contraria a la realidad.

El equívoco puede surgir del significado absolutamente diverso de la palabra "federalismo", que le dan por un lado los escritores republicanos y por otro los escritores anarquistas. Y hay además una diversidad muy grande también entre el significado que dan a la palabra los republicanos actuales, y el que le daban los republicanos de la segunda mitad del siglo pasado.

El federalismo de que hablan los republicanos actualmente no es el federalismo clásico de los republicanos de 1848, Ferrari, Cattaneo, etc., como no es el federalismo suizo, ni el federalismo republicano español de Pi y Margall. El federalismo republicano actual es siempre una concepción "unitaria" del Estado, simplemente corregida por una descentralización regional administrativa más o menos amplia. Habría siempre un gobierno, y un gobierno único en toda la nación.

La diferencia entre este federalismo, exclusivamente de índole administrativa, consistente en la descentralización de los servicios públicos, predominantemente financiero, y el federalismo de que hablan a menudo los anarquistas es evidente. El régimen federalista de los republicanos es siempre un régimen estatal, como el suizo o norteamericano; mientras que los anarquistas niegan el Estado, y conciben la sociedad como una libre y voluntaria asociación y federación de asociaciones independientes.

En una "memoria" sobre el federalismo — lo definía así Bakunin en 1867: "Federación libre de los individuos en las comunas, de las comunas en las provincias (o regiones), de las provincias en la nación... Absoluto derecho de toda nación, grande o pequeña, de todo pueblo, débil o fuerte, de toda provincia, de toda comuna, a una completa autonomía, siempre que su constitución interna no constituya una amenaza o un peligro para la autonomía y la libertad de los países vecinos".

Cuando M. Bakunin escribía esto no había llegado tal vez aún a precisar bien en una fórmula definida su pensamiento anarquista; se mostraba entusiasta de Proudhon, porque éste se había "proclamado va-

lerosamente anarquista", pero, como el mismo Proudhon, por lo demás, prefería llamarse todavía republicano-socialista o republicano federalista; y más tarde simplemente socialista, o socialista revolucionario, después que, el año próximo, entró oficialmente en la Internacional. Luego se acostumbró a llamarse anarquista, no muy a menudo, cuando en la propaganda tenía necesidad de precisar bien su pensamiento, de distinguir éste del pensamiento de los socialistas y de los comunistas estatales.

Pero en sustancia, aun cuando se decía republicano-socialista-federalista Bakunin era anarquista en el sentido más completo de la palabra. En efecto, en el mismo escrito sobre el "federalismo", citado más arriba, agregaba a esa conclusión típicamente anarquista que "el Estado debe disolverse en la sociedad libremente organizada según justicia".

Diverso del federalismo anárquico y socialista de Bakunin, pero hacia el cual parecía en cierto modo encaminarse, — diverso por tanto no poco del republicanismo mazziniano — fué el federalismo republicano de Sismondi, de Cattaneo, de Ferrari, de Rosa, etcétera, cómo fué propagado en Italia hacia 1860. Preciso esta fecha porque más tarde, realizada la unidad de Italia, el federalismo republicano atenuó bastante sus reivindicaciones y limitó sus audacias.

Ferrari, que era también el que había llegado más allá, aproximándose mucho a las ideas de Proudhon, hablando no ya solamente de revolución nacional sino de "revolución social", puso mucha agua en su vino, entró después de 1860 en la órbita de las instituciones constitucionales italianas, se hizo elegir diputado y murió senador. Los otros federalistas (Cattaneo, Rosa, Mario, etc.) comprendieron que el momento de realizar en Italia la república federalista — es decir una federación de pequeñas repúblicas locales o regionales — había pasado. De ahí las declaraciones conciliatorias, en el terreno republicano, del Mazzini unitario por un lado y del Cattaneo federalista por el otro.

Las diferencias entre las dos escuelas republicanas acabaron prácticamente con la atenuación, sea porque se les considerase superadas por los hechos, sea porque el triunfo de la monarquía creaba para los republicanos la necesidad de dejar a un lado las diferencias que se referían ya a un hipotético porvenir, sea en fin a causa de los jefes espirituales ajenos a la afirmación sobre un disenso que no consideraban ya de importancia predominante. Pero las diferencias que existían, y profundas, antes de 1860 no se borraron con igual facilidad en la mentalidad y psicología de los adeptos, en la orientación espiritual dada ya al movimiento de ideas. Y fué justamente el republicanismo federalista predominantemente cosmopolita, tendencialmente socialista, positivista o ateo, y reivindicador de la libertad como objetivo primordial, el que preparó el terreno también fuera de

Italia a la propaganda bakuniniana, socialista e internacionalista, que se desarrolló en torno a 1870.

Pero cuando los anarquistas declararon sus simpatías y afinidades espirituales hacia el federalismo de los republicanos, no era del conciliativo y atenuado de los últimos tiempos del que hablaban, sino del otro que pareció por un momento próximo a realizarse, primero con las revueltas regionales de 1831 en Italia, después mediante las revoluciones y las repúblicas véneta, toscana, romana y siciliana de 1848. Es decir del federalismo que por la pluma de Ferrari apelaba antes de 1860 al socialismo y a la revolución social, que oponía la libertad a la unidad, la revolución a la guerra; y hostil al unitarismo mazziniano hasta alcanzar en Milán, en tiempo de las Cinco jornadas revolucionarias de 1848, un tono de verdadera dramaticidad.

Como se sabe, el federalismo republicano de Cattaneo y Ferrari, de los años en torno a 1848, tenía por ideal una federación de repúblicas italianas, por región o según los Estados en que se dividía entonces la península italiana, dirigido cada cual a su modo, con sus diversos gobiernos y parlamentos, según los hábitos, las tradiciones y las tendencias locales, autónomas en todo aparte de su posición militar frente al extranjero.

Naturalmente eso no tenía nada que ver con el anarquismo. Los federalistas republicanos no pensaban de ningún modo en la abolición del Estado. Pero a



pesar de que su concepción fuese una concepción estatal llevaban tan lejos su crítica al centralismo y al unitarismo cómo para constituir una verdadera y propia incipiente tendencia libertaria. Fraccionar y subdividir la autoridad y el poder del Estado era ya algo como disminuirla de un modo no indiferente.

Por la misma razón que cuanto más grande es el Estado más necesidad tiene de centralización y por tanto más autoritario es, la formación de pequeñas repúblicas habría estado más en armonía con las ideas de libertad, en tanto que los pequeños Estados no tienen necesidad de centralismo y tienen de hecho menos fuerza material para imponer la propia autoridad. Además en Italia el recuerdo histórico de las Comunas de la Edad Media y de las repúblicas marítimas ayudaba a la difusión de esas tendencias, agregándoles un sentimiento de orgullo histórico-patriótico.

Giuseppe Ferrari, como he advertido más arriba, llevó esas tendencias, por un cierto momento, hasta límites tan extremos que podían decirse ya libertarios; y quizás no fué extraña a eso su larga amistad

personal con Proudhon. Pero esas tendencias libertarias y socialistas de Ferrari todavía vagas e inseguras, se precisaron mucho mejor y de una manera bastante clara en el héroe de Sapri, en el revolucionario Carlo Pisacane que — superando la disensión entre unidad y federación nacional, y criticando a una y a otra como concepciones igualmente autoritarias, — llegó con la mayor seguridad a las conclusiones del socialismo, que él llamaba simplemente revolucionario, pero que podía llamarse más propiamente anarquista, puesto que unía la negación del Estado (privilegio político) a la negación de la propiedad privada (privilegio económico).

Después de diez años aproximadamente debía reiniciar en su misma Nápoles públicamente la propaganda de sus ideas, otro grande, el prófugo ruso Miguel Bakunin, el cual halló justamente en un amigo y compañero de conspiración de Pisacane, — Giuseppe Fanelli, — uno de sus mejores colaboradores, entre los primeros y más conocidos socialistas-anarquistas italianos, el cual fundó las primeras secciones de la Internacional en Italia y en España.



Nuevas tropas han sido enviadas para implantar la civilización yanqui en Nicaragua

E. MALATESTA

El problema del amor

Puede parecer extraño al principio que la cuestión del amor y todas las que con ella se relacionan preocupen también a un gran número de hombres y de mujeres, cuando hay otros problemas más urgentes, sino más importantes, que deberían acaparar toda la atención y toda la actividad de los que buscan el medio de remediar los males de que sufre la humanidad.

Todos los días nos encontramos gentes aplastadas bajo el peso de las instituciones actuales; gentes obligadas a alimentarse mal y amenazadas a cada instante de caer, por falta de trabajo o a consecuencia de enfermedad, en la miseria más completa; gentes en la imposibilidad de educar convenientemente a sus hijos que a menudo mueren por falta de los cuidados necesarios; gentes privadas de las ventajas y alegrías de las artes y de las ciencias; gentes condenadas a pasar su vida sin ser un día dueñas de sí mismas, siempre a merced de los patrones y de la policía; gentes para quienes el derecho a tener una familia, el derecho a amar no es más que una ironía sangrienta — y que sin embargo no aceptan los medios propuestos por nosotros para substraerse a la esclavitud política y económica, si no sabemos explicarles ante todo cómo hallaría satisfacción en una sociedad libertaria la necesidad de amar y cómo comprendemos la organización de la familia. Y naturalmente esa preocupación se acrecienta y hace descuidar y despreciar a veces los otros problemas en las personas que han resuelto por sí el problema del hambre y están ya en condiciones de satisfacer normalmente las necesidades más imperiosas, porque viven en un ambiente de comodidad relativa.

Este hecho se explica dado el lugar inmenso que el amor ocupa en la vida moral y material del hombre, porque es en las casas, en la familia donde el hombre gasta la parte más grande y mejor de su vida.

Y se explica también por una tendencia hacia el ideal que inflama el espíritu humano en cuanto se abre a la conciencia.

Mientras el hombre sufre sin darse cuenta de sus sufrimientos, sin buscar el remedio y sin rebelarse, vive lo mismo que las bestias, aceptando la vida tal como la encuentra.

Pero cuando comienza a pensar y a comprender que sus males no son debidos a insuperables fatalidades naturales, sino a causas humanas que los hombres pueden destruir, se siente dominado repentinamente por una necesidad de perfección, y quiere, al menos idealmente, disfrutar de una sociedad en que reine la armonía absoluta y donde el dolor haya desaparecido completamente y para siempre.

Esta tendencia es muy útil, puesto que impulsa a ir siempre adelante; pero vuélvese también muy perjudicial si bajo el pretexto de que no se puede llegar a la perfección y que es imposible suprimir todos los peligros y los defectos, nos aconseja descuidar las realizaciones posibles para permanecer en el estado actual.

Ahora bien, digámoslo de inmediato, nosotros no tenemos ninguna solución para remediar los males procedentes del amor, porque no se pueden destruir con reformas sociales, ni siquiera con un cambio de costumbres. Son determinados por sentimientos profundos, diríamos fisiológicos del hombre, y no son modificables, cuando lo son, más que por una lenta evolución y de un modo que nosotros no podríamos prever.

Queremos la libertad, queremos que los hombres y las mujeres puedan amarse y unirse libremente sin otro motivo que el amor, sin ninguna violencia legal, económica o física.

Pero la libertad, aun permaneciendo la única solución que podemos y debemos ofrecer, no resuelve radicalmente el problema, dado que el amor, para ser satisfecho tiene necesidad de las libertades que concuerdan y con frecuencia no concuerdan de ningún modo; pues la libertad de hacer lo que se quiere es una frase desprovista de sentido cuando no se sabe querer algo.

Es fácil decir: "Cuando un hombre y una mujer se aman, se unen, y cuando no se aman, se separan". Pero sería preciso, para que ese principio se convirtiese en regla segura y general de felicidad, que se amen y cesen de amarse al mismo tiempo. Pero, ¿si uno ama y no es amado?

¿Si uno ama todavía, mientras que el otro no ama ya y trata de satisfacer una nueva pasión? ¿Y si uno ama al mismo tiempo a varias personas, que no podrían adaptarse a esa promiscuidad?

"Yo soy feo, nos decía alguien, ¿qué haría yo si nadie me amase?" La cuestión se presta a risa, pero nos deja entrever también terribles tragedias.

Y otro, preocupado del mismo problema, decía: "Hoy, si no encuentro el amor lo compro, aunque tuviese que economizar sobre mi pan. ¿Qué haré cuando no haya mujeres en venta?" La pregunta es horrible, porque muestra el deseo de que haya seres humanos obligados a prostituirse por el hambre y sin embargo ¡tan terrible y terriblemente humana!

Algunos dicen que el remedio estaría en la abolición radical de la familia; la abolición de la pareja sexual sería más o menos estable, reduciendo el amor al solo acto físico, o por decir mejor transformándole con la unión sexual además, en un sentimiento semejante a la amistad, que reconoce la multiplicidad, la variedad, la simultaneidad de los afectos.

¿Y los hijos?... Hijos de todos.

¿Puede ser abolida la familia? ¿Es de desear que lo sea?

Notemos ante todo que, a pesar del régimen de opresión y de mentira que ha prevalecido siempre y que prevalece aún en la familia, — ha sido y continúa siendo el mayor factor de desenvolvimiento humano, porque no es más que en la familia que el hombre se consagra normalmente al hombre que realiza el bien por el bien, sin desear otra compensación que el amor de la compañera y de los hijos.

Pero, se nos dice, eliminadas las cuestiones de intereses, todos los hombres se convertirían en hermanos y se amarían.

Ciertamente, no se odiarían ya; ciertamente, el sentimiento de simpatía y de solidaridad se desarrollaría mucho, y el interés general de los hombres se convertiría en un factor importante en la determinación de la conducta de cada uno.

Pero eso no es todavía el amor. Amar a todo el mundo se parece mucho a no amar a nadie. Podemos quizás socorrer, pero no podemos llorar todas las desgracias, porque nuestra vida se desharía en lágrimas; y sin embargo las lágrimas de simpatía son el más dulce consuelo para un corazón que sufre. La estadística de los fallecimientos y de los nacimientos puede ofrecernos datos interesantes para conocer las necesidades de la sociedad; pero no dice nada a nuestros corazones. Nos es materialmente im-

posible entristecernos por todo hombre que muere y regocijarnos de todo nuevo nacimiento.

Y si no amamos a uno más vivamente que a los otros; si no hay un solo ser por el cual estemos más particularmente dispuestos a entregarnos, si no conocemos otro amor que ese amor moderado, vago, casi teórico, que podemos experimentar por todos ¿la vida no sería menos rica, menos fecunda, menos bella? La naturaleza humana ¿no sería disminuida en sus más bellos impulsos? ¿No seríamos privados de las alegrías más profundas? ¿No seríamos más desgraciados?

Por otra parte el amor es lo que es. Cuando se ama fuertemente se experimenta la necesidad del contacto, de la posesión exclusiva del ser amado.

Los celos, comprendidos en el mejor sentido de la palabra, parecen formar y forman generalmente una sola cosa con el amor. El hecho puede ser lamentable, pero no se puede cambiar a voluntad, ni siquiera a voluntad del que los sufre personalmente.

Para nosotros el amor es una pasión que engendra por sí misma tragedias. Esas tragedias, ciertamente, no se traducirán en actos violentos y brutales. Si el hombre tuviese el sentimiento del respeto por la libertad ajena, si tuviese bastante imperio sobre sí mismo para comprender que no se remedia un mal con otro mayor, y si la opinión pública no tuviese ya, como hoy, una mórbida indulgencia para los crímenes pasionales; — pero no serían menos muy dolorosas.

Mientras que los hombres tengan los sentimientos que tienen — y un cambio en el régimen político y económico de la sociedad no nos parece suficiente para modificarlos enteramente — el amor producirá al mismo tiempo que grandes alegrías, grandes dolores. Se podrá disminuirlos y atenuarlos, por la eliminación de todas las causas que pueden ser eliminadas, pero su destrucción completa es imposible.

¿Es esa una razón para no aceptar nuestras ideas y querer quedar en el estado actual? Se obraría como aquel que no pudiendo comprar abrigos costosos quisiera quedar desnudo, o el que no pudiendo comer perdices todos los días, renunciase al pan; o aun como el médico, que dada la impotencia de la ciencia actual frente a ciertas enfermedades se rehusara también a atender las que son curables.

Eliminemos la explotación del hombre por el hombre, combatamos la pretensión brutal del macho que se cree el amo de la hembra, combatamos los prejuicios religiosos, sociales y se-

RUDOLF ROCKER:

LOS SEIS CAMINOS

Gris está el cielo. Bosteza el desierto. Tendida en la obscura arena yace una esfinge de negra piedra marmorea, con la mirada hundida en el yermo reino de la lejanía.

Ni odio ni amor irradia de esa mirada, el ojo está velado por profundo sueño y en el frío esplendor de los labios mudos flota sonriendo levemente la más silenciosa eternidad.

Seis caminos se encuentran en el cuadro de la esfinge, seis caminos que llegan de países lejanos para desembocar aquí en el mismo objetivo.

Un caminante avanza por cada camino, circundado por la furiosa maldición del destino, con la frente marcada por la mano de extrañas potencias y marchando hacia un mundo lejano, que se vislumbra allá en el horizonte, muy lejos de la tierra y sin embargo muy cerca del espíritu.

EL PRIMER CAMINO

En medio de suaves colinas descansa la ciudad. Las viejas almenas brillan rojas al oro vespertino del sol poniente. Gruesos muros con sólidas torres cierran el abigarrado caos de las estrechas callejas y callejuelas que se cruzan sin regla alguna como los caminos de un laberinto. Y cada callejuela da la impresión de que tuviera que ocultar algún secreto en cuya solución se esfuerza en vano el profano. En oscuros rincones y en torno a los grises corredores de las viejas casas en pináculo se abriga algo hace mucho ido, algo olvidado por el tiempo.

Suavemente resuena la vieja fuente del mercado como hace muchos, muchos años. Voluminosamente caen las sombras de la vieja catedral sobre la plaza silenciosa, que parece tan abandonada hoy. Sólo una encorvada viejecita está solitaria junto a la antigua fuente, y sueña con tiempos que se fueron y no vuelven más.

La primavera había llegado de repente y había puesto un fin mísero a la tiranía del largo invierno. El cielo radiante y el tierno verdor de los prados y de las dehesas había hecho salir a los hombres en esos primeros días de Pascuas ante las puertas de la ciudad, y alegre gentío se movía libremente bajo

los calientes rayos del sol de primavera, que disolvía todo lo inflexible que aprisionaba los corazones. Jóvenes y viejos, grandes y pequeños habían salido al aire libre para sacudir el polvo de las almas y mantenerse incólumes para la gris monotonía de los tristes días de invierno.

Poco a poco había vuelto la tarde y el sonido de las viejas campanas resonaban solemnemente por los aires tibios, llamando a los habitantes al regreso. Por las puertas de la ciudad irrumpieron grupos de alegre gente del pueblo, cargada con ramos de flores y verde ramaje, y vivo son de canciones llenaba los aires. Las viejas calles se cubrían de animados grupos habladores, que volvían a sus hogares cómodamente y con el corazón aliviado, hasta que con la obscuridad creciente la vida agoniza lentamente en las calles y en las plazas.

Los últimos rayos del sol poniente se han extinguido, y la tibia noche primaveral extiende silenciosa sus vibraciones sobre los rincones abandonados y las callejuelas que brillan raramente a la luz de la luna.

De las pequeñas ventanas han desaparecido paulatinamente los resplandores de las lámparas. Sólo aquí y allí irradia todavía una luz solitaria en el silencio de la noche. Tal vez es porque allí un enfermo lucha con sus dolores o un moribundo recomienda a dios su alma cansada.

Calma profunda, majestuosa se extiende sobre las casas dormidas, interrumpida sólo de tanto en tanto por los graves sonidos del antiguo reloj de la catedral y por el cuerno alerta del sereno.

Sobre una pequeña altura en el corazón de la ciudad en ensueño se levanta un viejo y macizo edificio que parece más antiguo y singular todavía que las casas que le rodean. En un aposento en forma de torre, junto a una estrecha ventana gótica, aparece sentado un anciano de largo cabello blanco y de ondulante barba, mirando como perdido en sus sueños a través de los pináculos de los viejos techos, que relucen verduzcos a la pálida luz de la luna.

La pesada mesa de roble en el centro de la habitación está cargada de libros y papeles, que yacen en abigarrada confusión. A lo largo de las paredes blanqueadas hay largos anaqueles, cubiertos de singulares preparados y extraños artefactos. Una lámpara artísticamente trabajada llena el cuarto de un pálido fulgor, que se esfuerza en vano por penetrar en los oscuros rincones del aposento.

Con cansado ademán se separa el viejo el cabello de la frente y murmura reflexivamente mientras acaricia su barba:

Nuevamente está todo tranquilo como en la tumba y sobre los que duermen se comba desde la eternidad el espacio infinito, en que giran millones de mundos. — ¡Que el sueño de los justos sea tranqui-

lo y no lo turben los ensueños inquietantes! ¡Quién pudiera ser así. Una vida que gira siempre solamente en torno a la mísera codicia de la hora y no cae nunca en el intento de construir puentes para el reino de la eternidad. ¡Dichosos ellos! el creador no los ha hecho demasiado exigentes. No es fácil sacarlos de su equilibrio. En cambio están protegidos ante el continuo tormento del infierno y el doloroso impulso que sólo en algunos consume el alma como un gusano insaciable.

Tengo en la sangre como un veneno penetrante al llegar este tiempo, cuando la naturaleza insondable se retuerce en los espasmos de su renacimiento y figuras siempre nuevas. Hasta que la primavera y figuras siempre nuevas. Hasta que la primavera pasa lentamente, hasta que desaparecen el verano y el otoño y el invierno furioso lo vuelve a cubrir todo de tónicas fúnebres. Y luego vuelve a comenzar el viejo juego. Quién pudiera descubrir el profundo sentido de ese eterno devenir y desaparecer en donde la muerte y la vida se mezclan singularmente y todo fin va preñado de un nuevo comienzo.

¿Es la muerte realmente un fin o sólo un nuevo comienzo o son comienzo y fin la misma cosa en la gran circulación de la realidad? ¿Dónde están los límites que separan lo pasado de lo venidero, la honda causa de las causas de donde surge todo ser?

Cuanto más me esfuerzo en torno a ese oscuro enigma, tanto más extraño me vuelvo ante mí mismo. Secreto estremecimiento me embarga ante la propia naturaleza, que yace ante mis ojos grave y enigmática como la muda eternidad de ese espacio infinito.

¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Existía yo antes de que el vientre de la madre se hinchase para una nueva vida? ¿Existiré luego, cuando la última chispa de mi ser se haya consumido como una llama moribunda?

Hay mucho de oscuro y enigmático en nosotros, enterrado profundamente en nuestra alma y que nunca se manifiesta en la superficie. Lo que tenemos que contarnos unos a otros de las pequeñas penurias cotidianas y de la alegría que nos corresponde bastante raramente en el camino, no tiene raíces profundas y se expresa casi en una acción mecánica que tiene lugar semi-inconscientemente. Sin embargo las cosas que dormitan en lo profundo no lidian por la revelación y yacen sordas y enigmáticas en el fondo del alma, donde oscuras fuerzas primitivas hacen sus círculos mudos que nunca salen a la luz del sol.

En lo profundo está todo lo grave y lo extraño que nos viene a la garganta siempre que un sonido arrancado del abismo amenaza convertirse en idioma de la boca muda. En lo hondo penetran también los muros que levantamos entre nosotros, muros entre hombre y hombre, en cuyas sombras la gran soledad y el anhelo sin nombre siguen suavemente su camino.

Pero lo último y lo más profundo no se nos revelará nunca y elude intencionalmente el beso del mundo exterior.

Incluso allí donde en el cálido ardor del sexo se acerca estremecido un cuerpo a otro cuerpo y dos almas parecen fundirse en el desvanecimiento de la más elevada pasión, queda siempre un extraño que acecha silencioso en el fondo de los sentimientos para que no sea dicha toda palabra, para que no sea satisfecho todo profundísimo y temeroso placer. También donde el amor cae en éxtasis aparece en el fon-

do de los pensamientos un siempre amenazante y misterioso ¿quién sabe?

Si si se nos ofreciera la ocasión de ver al creador en su trabajo, de penetrar el comienzo y el fin de todas las cosas, sabríamos también lo que hay tras aquella delgada pared que rodea al cerebro, donde los pensamientos deslizados chocan en el estrecho espacio y lo insospechado se esconde en la garganta.

Entonces el sentido de la vida no sería para nosotros un libro cerrado. Pero qué importa aquí toda civilización; nosotros, pobres diablos, quedamos con nuestros pensamientos sólo en la superficie de la realidad y somos siempre los más ciegos cuando nos imaginamos que la luz ha venido a nosotros.

Cuántas noches permanezco en esta casa solitaria y hago rodar en el pobre cerebro vastos pensamientos que deben redimirme del constante tormento.

¿Redención? ¡Oh virgen bondadosa, pura, que estás en los cielos junto al trono sagrado de dios! De tu cuerpo bendito nació el Salvador que trajo a los hombres la redención de la maldición de los pecados. Pero según parece no ha nacido para mí ningún Salvador; pues ningún redentor apagó en mi pecho el fuego ardiente del profundo anhelo.

¡Oh, cuánto más fácil es sin embargo redimir a los hombres de los pequeños pecados que de los pensamientos remolineantes que gritan en pos del conocimiento y se inclinan sobre los abismos! ¡Hará sonar ese gran anhelo, que ansía la revelación y se consume perplejo en sorda tortura, la hora de la redención?

Como una estrella luminosa giró en un tiempo la satisfacción de toda aspiración sobre mi cabeza, pero con el peso de los años huyó cada vez más en la lejanía y no dejó tras sí más que eriales.

Cuando la juventud templaba mi cuerpo todavía y miraba con ojos claros la vida, soñaba con una hora sublime en que todo nudo que el destino anudase se desharía en mis manos. En ardiente ímpetu se arrojó mi alma sobre todo lo que ha creado el espíritu humano y buscó el último fin de toda sabiduría en viejos libros y sistemas. Pero siempre que se mostró al anhelo una puerta, siempre que surgió para el espíritu en el horizonte un último objetivo, no había más que un comienzo, temeroso y grave, un fuego fatuo que se aparece burlescamente sobre las tumbas.

Hasta que en el tranquilo curso de los años maduró en mí la certidumbre de que todo nuestro saber no vale para comprender el más profundo sentido de



las cosas. Igual que los ciegos nos movemos siempre en el mismo círculo. Avanzamos hacia un último objetivo, y volvemos siempre al mismo lugar.

¿También en alguno de esos mundos, que giran tan singularmente en aquel espacio eterno, universal, respiran seres como en esta tierra, aspirando al conocimiento y consumiéndose silenciosamente con su ardiente impulso en la tortura infernal y en la bienaventuranza celeste?

A menudo me parece que oigo de la lejanía el tranquilo ritmo de aquellos mundos que giran en el espacio. Como hirvientes acordes penetran en el fondo de mi alma; creo percibir la armonía de las esferas y se me aparece claramente de un modo repentino toda existencia. Pero apenas muevo los dedos para afirmar en palabras ese acontecimiento interior, pulveriza el mago los segundos como si fueran pompas de jabón; un desierto desconsolado bosteza por todas partes.

Y sin embargo no desaparece de mí nunca aquel gran anhelo que se nutre de la sangre de mi alma, la llama ardiente que pugna por el conocimiento, aunque siempre fui de decepción en decepción. Hoy mismo, cuando el achacoso cuerpo ve abiertas ya las puertas de la tumba, el gran anhelo no se deja desterrar. Casi parece que la silenciosa tortura se fortifica más. ¿Por qué, por qué?

Y no obstante fui continuamente tan piadoso, un proclamador inmovible de tu magnificencia!

De un oscuro rincón del aposento penetra en los oídos del anciano una risa ronca, y una voz dice:

—¡Tú loco, viejo loco! Sientes en los miembros apollados ya la fría proximidad de la muerte y no puedes librarte de tu ilusión. ¿No has reconocido nunca tu más profunda esencia? Imaginaste ser piadoso tu vida entera, pero piadoso no lo has sido nunca. ¿Sabes lo que significa la verdadera piedad? Un hombre es piadoso por impulso interior y sigue incondicionalmente el santo mandamiento. No calcula, no tiene prevenciones, no es acusado por la llama de los mudos deseos, que acechan pérfidos en lo profundo y tienden ardorosamente a la satisfacción.

Para tí la devoción no es más que un medio para determinado objetivo. Alabas la magnificencia de tu creador, sigues fielmente los mandamientos que te ha dado, pero en lo profundo de tu ser te consume la ilusión de que en recompensa te sea dado el conocimiento y dios quite el velo de tus ojos para revelarte el sentido de sus obras.

¡Esfuerzos vanos, viejo! A tí te enloquece una ilusión que no se realizará nunca. Tu mirada ardiente sigue el castillo de naipes que brilla engañosamente en mil colores y no hace más que atraerte al desierto.

Tu dios es celoso como un musulmán, por él no llegarás nunca al conocimiento. El tiembla ante la propia creatura y prevé el día en que el hombre pueda rebelarse contra su dominación. Entonces su divinidad habría pasado a la historia.

Por esta razón deslumbra el espíritu humano y engaña su anhelo ante un último objetivo que cada vez se aleja más cuanto más se esfuerza por atraparlo. Así se parece el hombre al ser de la vieja fábula que ve ante sí con ojos radiantes los frescos frutos que sus labios sedientos no pueden alcanzar nunca. Milenios es llevado al límite y no advierte todavía cuán vilmente es engañado.

¡Estás en un falso camino, viejo! Si quieres llegar al conocimiento tienes que llamar a mis puertas!

La voz calla; un leve rumor se advierte en el aposento.

—¿Quién me habla? pregunta el anciano con menudo estremecimiento, y del rincón resuena incisivamente:

—¿Qué quien te habla? El hombre me llama el poder de las tinieblas, porque robé el fuego del cielo para llevar la luz a los hijos de la tierra. El espíritu de la mentira se me ha llamado, porque le he murmurado al oído la primera verdad.

Una palabrita apareció en mi espíritu, la insignificante palabra ¿por qué? Con esa palabra recibí a tus grises antepasados, cuando transpasaron en su tiempo el umbral que separa al hombre de los animales. Hondamente penetró la palabra en el cerebro enmohecido y se posó en el fondo de su alma como una pesada carga.

Grupos sin fin de hombres se arrodillaron ante mil dioses, mortificaron sus cuerpos, suspiraron torturados en la maldición de los pecados. Yo fui testigo de su penuria espiritual y les pregunté sólo una palabra: ¿por qué?

El hijo esclavizado del hombre entregaba el sudor de su rostro y construía pirámides y fortalezas para transmitir a las más lejanas generaciones los nombres de sus amos. Yo veía la ilusión de los siervos y les preguntaba sólo: ¿por qué?

Hubo tiempos en que la palabra que yacía en el fondo de sus almas ardió de repente en rojo fulgor radiante. El espíritu llegó a ellos. Los dioses cayeron de lo más sagrado, los tronos se estrellaron en los albañales, y las cadenas forjadas para la eternidad se rompieron. Sin embargo no duró mucho eso. La manía del látigo estaba en su sangre, y sus espaldas aspiraban a un nuevo yugo.

¿Qué quien te habla? Yo soy el espíritu que se apareció una vez a tu madre en el Paraíso y le conjuró a que extendiera la mano hacia el fruto del árbol del conocimiento. Le murmuré en el oído: Dios sabe que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como dios y sabréis lo que es bueno y lo que es malo.

¿Fue culpa mía que se arrojase a tus padres como perros del Paraíso, que maldijera la tierra que debía alimentarlos y los entregase a la muerte y a la esclavitud? ¿Era por eso menos verdadera la palabra que yo había pronunciado?

Y la voz calla nuevamente. Un temblor penetra el acabado cuerpo del anciano, de sus labios suena triste y gravemente:

—Satanás: eres tú el que me hablas. ¿Quieres llevar mi alma a la tentación, arrojarme en brazos de la condenación? Temo la punzante agudeza de tu lógica. Y sin embargo todo mi ser avanza hacia tí. ¿No me prometes el conocimiento y el saber? Las viejas heridas comienzan a sangrar, mi corazón arde de nuevo en medroso tormento, y los deseos que me figuraba enterrados hace mucho tiempo, se levantan del fondo de mi alma y forcejean en ardoroso impulso. Devastadoramente obra la viva llama del fuego, y mi espíritu se retuerce atormentado en mil dolores. ¿Habrá llegado por fin la hora de mi sueño?

Se dice no obstante que no hay que confiar en el diablo. Por puro amor no se molesta. Dime pues claramente y sin reserva: ¿qué exiges de mí por tu servicio?

—No mucho, suena nuevamente la voz desde el rincón. Apenas vale la pena que se hable de ello. —Mientras vivas, no te será rehusado ningún deseo. Todo lo que sueñe tu fantasía, todo lo que tu espíritu pueda codiciar; no te dirigirás en vano nunca a mí. Claros como el cristal te serán descubiertos el tiempo y el espacio y la muerte y la eternidad, y la difi-

cultad de todo enigma se resolverá. Reconocerás la causa de todo ser y el plan bien reflexionado del devenir. Ante tus ojos desaparecerán las últimas fronteras a que estaba ligado hasta aquí tu espíritu. El más insignificante de tus caprichos será una orden para mí, y si hubiera un momento en que quedase sin respuesta algún deseo tuyo, entonces quedaría roto el lazo que te liga a mí.

Pero cuando llegue la última hora en que se extinguirá la fuerza de tu vida y tu espíritu se prepara al gran descanso, lo que venga después estará en mis manos. Sobre eso no pidas informes.

Un ligero chisporroteo atraviesa el maderamen, y ligeras sombras se mueven en torno a la luz de la lámpara. En el alma del viejo giran cielo e infierno y pugnan por la victoria. — De repente irradian un duro resplandor de sus ojos y suena firmemente su voz cuando habla:

—Hecho: estoy dispuesto a cerrar el trato. ¡Saber! ¡Conocer! aunque no fuera más que un breve plazo. Hundir la mirada en el devenir remolineante, y penetrar las razones de toda existencia por lo que tanto tiempo me he esforzado. Apenas puedo concebirlo; la hora largo tiempo anhelada que debe traerme la redención ha llegado. — Ya había pensado que aquel salvador, que murió por tantos, no podría ser mi redentor.

¿Qué me importan la muerte y la resurrección, la condenación, el infierno, el tiempo y la eternidad mientras mi espíritu suspira en vano por el conocimiento y mi alma agoniza muda bajo los tormentos del ardiente deseo? Este ímpetu insatisfecho que me clava el corazón ¿no es peor que la peor de las penas del infierno? Por eso es preferible asumir todo el tormento de la eternidad a agacharse siempre ante las puertas cerradas y no poder descifrar nunca el fondo del enigma.

¡Satanás, estoy dispuesto! ¡Una mirada en el corazón de la eternidad equivale a todas las torturas del infierno!

Y del oscuro fondo del aposento avanza un joven alto, flaco, hacia la tranquila luz de la lámpara, con pluma de gallo en el sombrero, el cuerpo envuelto en roja capa. Los rasgos salientes del pálido rostro parecen como cortados a cuchillo, y superior ironía se refleja en los delgados labios.

—Así, viejecito, me agradas, dice con tono agudo. Yo sabía que tú vendrías hacia mí. Tú eres difícilmente adaptable a otros círculos. Un hombre que encierra tal profundidad en sí, no está hecho para dios y su ley.

¡Ahora fuera de estos estrechos muros! En viviente mohosa se enmohece también el espíritu. Si quieres comprender el más profundo sentido de la vida tienes que recorrer muchos países, no debes encadenar tu alma tras empolvadas ventanas y amarillentos pergaminos. Fuera te sonríe otro mundo, que aportará a tu espíritu inquieto la paz anhelada.

Pero antes de abandonar este aposento, que se ha convertido para tí tan a menudo en cámara de tortura, tienes que cambiar la figura exterior. La vejez es la carga más pesada que oprime a los hombres. En cuerpos viejos envejece también el espíritu. La verdad que se forma poco a poco en un cerebro viejo, entraña ya la descomposición apenas ha nacido y reuerda a los gusanos y al aire de las tumbas.

Toma este polvo, disuélvelo en agua y frótate con ello la cabeza y los miembros. Pronto verás los resultados.

El viejo hace lo que se le manda, humedece con el

elixir el debilitado cuerpo y apenas puede comprender el milagro que se realizó en él de inmediato. Los surcos que el tiempo había cavado en su frente fueron extirpados por la fuerza del encanto. También desaparecieron la barba blanca, el cabello blanco, que cubría hasta entonces su cabeza, desvaneciéndose la decadencia paulatina de la vejez que le recordaba el fin a todas horas.

Está junto a la ventana un joven rubio y fuerte. De sus ojos irradia la fuerza juvenil. Como un torrente de fuego hierva en sus miembros, secretas fuerzas templan cada uno de sus nervios. Y el mundo se le aparece completamente distinto; siente en las venas la pulsación de la vida, fuerzas titánicas hinchaban su pecho.

En el oriente se anuncian ya los primeros resplandores cuando los dos transpasan el umbral de la vieja casa y la pesada puerta cae tras ellos chirriando.

Con pasos rápidos se apresuran por las callejas silenciosas y adormecidas hacia la vieja puerta de la ciudad. Borracho de sueño un anciano sereno les abre una puertecita que les deja salir hacia el campo libre.

La ciudad queda luego tras ellos y suben vigorosamente la pequeña colina, desde cuya cima se tiene una magnífica perspectiva en la lejanía. Con ojos embriagados mira el joven hacia el valle, mientras su delgado acompañante mira indiferente y pausado.

Bosques y campos son iluminados por el fulgor de los rayos del sol naciente. La alondra se levanta gorgiendo en el aire y saluda a todo cuello al gran astro radiante. De árboles y setos parte alegre gorgjeo. Las mariposas se mecen sobre las frescas flores, y del bosque próximo llega el sonido atractivo del cucú. En el valle el arroyuelo sigue su camino.



¡Recordad a los presos!

murmurando ruidosamente, y arriba está la vieja ciudad envuelta en tenue velo, un mundo encantado en el hechizo del ensueño.

Nunca le había parecido la naturaleza tan hermosa. Nunca sintió como esta vez la gran unidad de su ser con todo lo creado. La grave presión que le oprimía desde hacía tantos años el alma había desaparecido por completo y su espíritu se mecía ligero en el éter azul como un barquito en un lago tranquilo.

Con miradas ardientes bebe toda la magnificencia que le rodea; todo sonido que llega a sus oídos, alegra su corazón como un beso de mujer.

Los dos caminantes bajan por la otra parte de la colina al valle y marchan a lo largo de la ribera del riachuelo, que corre en suaves curvas hacia su lejano fin. Hasta que el camino lleva a un estrecho puente.

Una muchacha ligeramente vestida, con flores en el dorado cabello, apenas de diez y seis o diez y siete años, juguetea a la otra orilla, y sus profundos ojos se dirigen sin malicia e inocentemente a los dos viajeros. El joven atrapa ávidamente esa cálida mirada que llega de unos ojos espirituales, y un sentimiento, que no había conocido hasta entonces, invade dulcemente su corazón.

¿Será amor? Antes no había sabido lo que era el amor. El amor era para él siempre el pequeño defecto de hombres débiles de voluntad, que no tenían en la vida ningún propósito serio. La mujer le parecía como la concreción de los pecados y el barato placer que desviaba al hombre del sendero del deber y de los serios pensamientos, que desmenuzaba sus fuerzas y privaba de objetivos a su existencia.

Por esta razón había desterrado de su proximidad al otro sexo, a fin de que no perturbara ninguna codicia pecaminosa su ambiente, a fin de que no paralizara el aletazo de su espíritu. Nunca había transpuesto una mujer el umbral de su raro aposento, en donde había pasado la mayor parte de su vida, solo con sus hirvientes pensamientos, que se acurrucaban allí en cada rincón como mensajeros tímidos de mundos desconocidos. No era un lugar para matar el tiempo y para la avidez redentora de los miembros.

Pero cuando la mirada de Magdalena ardió en su corazón, penetró en él un nuevo sentimiento que estaba en completa armonía con la profunda unidad de su ser y de todo lo que le circundaba.

El impulso hacia tiernas revelaciones, el anhelo hacia lo desconocido recorrían saludablemente todos los miembros y envolvían su alma en ardiente llama. Su paso se detiene. Perplejo mira al largo de través, el cual le contemplaba todo el tiempo con mal simulada ironía.

El blanco rostro te ha hecho bien, dice. ¡Linda criaturita! Todavía tan fresca y ya apetecible. No pongas frenos a tu sentimiento, no menosprecies lo que te da la hora. ¡Siempre adelante, noble caballero, sin vacilaciones! La jolén no será desdenosa. Mientras tanto quiero retirarme un poco aquí; cuando me necesites, estoy a tu disposición.

Decidido apreta el joven el paso hacia la otra orilla, rodea con mirada cariñosa la tierna figura de la muchacha. Ella entorna ruborizada los ojos y la llama ardiente sube a su rostro. Luego se sientan sobre una piedra cubierta de musgo a la sombra de un viejo olmo, y se hablan confiadamente como amigos que siempre se hubiesen conocido. Hasta que las manos se trenzan y los labios se encuentran mudos en el beso.

Pero cuando la joven pareja se levanta silenciosamente y avanzan estrechamente ligados hacia el bosque próximo, le sigue la mirada maliciosa del otro, que está con los brazos cruzados a la otra orilla y dice burlescamente:

—Ser humano, misera creatura, hecho de espíritu y de limo terrestre. Tu espíritu quiere elevarse siempre a lo más alto, pero el limo lo vuelve a la tierra, de modo que se adhiere eternamente y eternamente se deseca. Un ser cómico es el hombre. Anda siempre a la busca de la piedra de la sabiduría, pero cuando siente más próximo el conocimiento, comete justamente la mayor locura de su vida. En celeste anhelo, sueños de estrellas saborea su espíritu, pero no advierte que yace en el albañal como un borracho a quien el mosto ha dado una pierna.

Aquel estuvo setenta años en un aposento y construía en sueños puentes hacia la eternidad, se consumía en tormento por él mismo creado y quería casi perder la razón porque su dios no le quitaba la venda de los ojos para penetrar claramente la causa de todo enigma.

En su cerebro llevaba amplios pensamientos y creía amenudo percibir el ritmo de lejanos mundos. Con mirada febril esperaba la hora en que se levantase por fin la obscura cortina que le ocultaba hasta aquí el objeto y el sentido de la existencia. Y cuando poco a poco comprendió que toda su aspiración estaba ligada siempre al tiempo y al espacio, que el espíritu no lograría nunca comprender el fondo de las cosas, quería oprimirse el corazón, y su alma pugnaba hacia mí en tortura infinita.

Pero el tonto está ya curado. Ha lamido ahora la sangre, el gran anhelo desaparecerá en él poco a poco. Su espíritu, que un día aspiraba a trepar las más elevadas alturas, se tendrá que contentar con el Mons Veneris. En lugar de llegar al fondo de las cosas, aprenderá a descubrir el seno de la mujer. Y ese arte le será más accesible que el pensamiento de las edificaciones aéreas sobre las que quería construir toda su vida y que nunca pudieron adquirir forma. Así se marchitará la última esperanza de anhelos irrealizados en el deseo del ardor insaciable, ya la fácil codicia ocupará el puesto del ímpetu hacia el conocimiento.

Sin embargo, no comprenderá jamás el juego de su locura. Pues también en las cosas pequeñas está adaptado su ojo sólo a las perspectivas y no ve lo que tiene ante las narices. Apela a su libre voluntad, cree ser forjador de su propio destino y sólo es el muñeco que mueven los hilos de oscuras potencias.

Y luego se encoleriza contra su dios porque lo ha enloquecido, lo ha llevado a la orilla largos años y no sospecha que está clavado en el anzuelo de un nuevo atractivo y se agita de nuevo en torno a un nuevo anzuelo. Nunca llega a comprender que él mismo se ha elegido el nuevo encanto, que él mismo se ha forjado el nuevo anzuelo, como todos los demás en que ha quedado hasta aquí prendido.

Y sin embargo, esta verdad está bien próxima. Yo y mis hermanitos allá arriba, ¡qué somos sino criaturas de su oscuro impulso! Su espíritu nos ha creado, nos ha engendrado el ardor sofocante de la fe y nos arrojó al reino de la realidad.

Así se repite siempre el mismo juego, que por fin se vuelve insulso, ya que los papeles se parecen siempre. Pues sea al fin Satán o Dios el que obtiene el supremo triunfo en ese juego, queda verídicamente

igual y no cambia nada en el resultado, en el cual el hombre constituye siempre la apuesta.

Los años huyen en el curso del tiempo y los dos caminantes siguen su camino por extraños países, por diferentes mares. Algunos buenos momentos le ha proporcionado el alto. El amable público extiende la cabeza y las manos en cuantos hace jugar sus oscuras artes, y se crucifica también y se aparta de su camino en huracán de temor.

Conoce abundantemente las alturas y las profundidades de la vida, está familiarizado con estudiantes, campesinos, gente ambulante; pero también conoce el brillo de los grandes. En algunas cortes es un huésped bienvenido, que extrae al dios ungido dinero de los cofres y le distrae el tiempo por las mascaradas y prestidigitaciones diversas.

El largo no tiene allí realmente nada de que reír, pues son innumerables como las arenas del mar los caprichos del compañero a quien su arte dió la segunda juventud. Su cabeza está repleta de mil gustos y codicias, y cada deseo se convierte pronto en padre de nueva ola de deseos. En ese caos de pensamientos veleidosos no hay ningún punto de sosiego, ningún lugar sólido. Las ideas remolinean en loca rueda y mueren antes de haber pensado su fin. Es un continuo ascenso y descenso de los sentimientos, un fuego de inquietas pasiones, carentes de todo objetivo, de toda tendencia.

Lo que hacía muchos años le ardió en el pecho, el profundo anhelo hacia el fondo de las cosas, el ardiente ímpetu que aspiraba al conocimiento, fué superado y enterrado. Sólo raramente le recuerda un ligero sonido en horas tranquilas el tiempo pasado. Entonces despierta de repente el viejo anhelo, y su espíritu ausculta el rumor de lejanos mundos. Pero el alto le arranca rápido de sus sueños por la mascarada y la vana frivolidad de la hora. Pronto sigue su espíritu la nueva huella que se le ha mostrado, y todo anhelo desaparece dolorosamente en lo profundo.

Así pasan sin descanso año tras año, y ligeramente se anuncia la vejez por segunda vez. Los cabellos palidecen, los ojos se enturbian, y en lo profundo de su interior bosteza el gran vacío.

Ahora el alto le deja más en paz y raramente le turba en sus cavilaciones. La gran soledad le ataca temblorosamente el corazón y ante sus ojos queda el erial de la vida.

El otoño avanza cansado por el campo, y el verdor de los árboles cae sin ruido. Las ojas desvastadas ruedan al viento, la muerte marcha por bosque y campo. Y también en él se ha vuelto paulatinamente otoño; sólo en el fondo del corazón yace aún una chispa de aquel fuego que le consumía en otro tiempo y que le llevó del país nativo a tierras extrañas.

Como en otro tiempo está ahora otra vez en el aposento y hace girar en el cerebro mil pensamientos, triste y grave. El viento de otoño azota áspero en la fría noche y sacude burlescamente el viejo edificio. Él está sentado junto a la ventana, como hace muchos años, y pasea cansado los ojos por el oscuro espacio. Pero hoy no brilla allí ninguna estrella, ningún rayo de luna penetra las tinieblas. Negro como un abismo bosteza el cielo sobre él. Se siente como enterrado en un pozo y negras sombras suben de la profundidad.

El juego se encamina hacia el fin, murmura. El alto socarrón, parece, se ha retirado. Justamente hoy, cuando debía estar ante mí, me ha dejado inebilmente en la estacada. — Y sin embargo, ¿de qué me valdría en esta hora? Hace mucho que apenas puedo soportar su naturaleza. Yo estuve siempre solo aun cuando se me uniesen otros. Hoy es doblemente mejor estar solo para que no me turbe en la última hora ninguna burla.

Como en tranquilo ensueño deja caer la cabeza sobre su pecho y de lo profundo suena un ligero rumor. ¿Es ese el tranquilo ritmo de lejanos mundos que había percibido alguna vez en otros tiempos, como suave rumor de la más honda eternidad?

Un frío dolor rodea la ardiente frente, y rápidos suben los pensamientos desde lo profundo. Clara como cristal se le aparece cada palabra que se forma en su cerebro sin esfuerzo. Nunca ha visto las cosas tan bien.

¿Es esa la última revelación? pregunta temeroso. ¿La última revelación antes del fin? — Ahora caen las escamas de mis ojos, la última ilusión cae en ruinas. ¡Traicionado y vencido por segunda vez! ¡Y me sentía tan fuerte en mi locura!

A la mayoría de los hombres no se les engaña más que una vez en la vida. A mí, a quien el mundo llama el gran sabio, se me ha engañado una segunda vez.

Primero fué dios el que me condujo a la orilla, luego fué Satán. Y yo, loco, no reconocí el burdo juego y me sentía como amo y maestro, aun cuando no era más que el mono de su voluntad, el ciego instrumento de su prestidigitación.

¿Cuán grande y creador me pareció que era cuando rompí con mana furiosa el lazo que me había unido a dios hasta él. Quería investigar, ver el núcleo de las cosas, hundir el espíritu en la sabiduría de todo sér. Así he sacrificado la bienaventuranza de mi alma, me he atraído la maldición de la eternidad por un breve fragmento de conocimiento seductor.

Satán me lo prometió. Y yo, loco, creí sus palabras, le seguí como un pazuato en su camino sin sospechar que era la pelota de sus caprichos.

Me ha prometido el conocimiento. Pero en lugar de descubrirme el sentido de la vida, el comienzo y el fin de todas las cosas, me ha ofrecido cómo fácil pasatiempo de la hora la mujer, que me inflamó el fuego de los sentidos, pero que redujo al silencio mi espíritu. Ha acuñado en pequeñas monedas el impulso del alma y ha cortado las alas de mi anhelo, antes de que yo lo hubiera sospechado.

Pero por fin se me descubre el germen del enigma: Dios y Satán son del mismo tronco, los dos polos en torno a los cuales gira nuestra vida. Sin dios no hay Satán, sin Satán no hay dios. Nacidos como gemelos, en la misma hora, han sido aferrados al mismo yugo, que los sostiene mutuamente hasta el fin de los tiempos.

La vida del hombre está en ese círculo. Vamos siempre de un polo al otro, pero no escapamos nunca del círculo que nos mantiene en el carril de su encanto. Y si en una hora luminosa descubrimos que el uno nos toma por tontos, nos volvemos de repente hacia el otro para que nos ayude, para que se convierta en salvador y redentor.

Y aquél nos espera ya y nos da la misma materia cubierta de nuevos modelos, de modo que no reconocamos los viejos artículos. La vieja firma se llama dios y el diablo. El uno no puede erudir al otro, de lo contrario el comercio habría fracasado.

Mientras nuestro espíritu se mueve en ese círculo, no le iluminará la luz del conocimiento. Pues el conocimiento — esto lo siento claramente — está fuera del reino de dios y del de Satán; pero hasta ahora ningún camino lleva hacia su dominio.

Para mí es ya demasiado tarde, siento venir la hora. Los cansados miembros aspiran ya al sosiego. Pero mi generación no morirá conmigo. Mientras el hombre habite en esta tierra, su espíritu aspirará al conocimiento, hasta que sus retoños sucumban en la corriente del tiempo.

Ahora está el porvenir claro ante mis ojos. Cómo lejanos sonidos de órgano llega a mi oído. Es el himno de la generación que viene.

¡La liberación del hombre por sí mismo! ¡La redención por la propia fuerza!

Lejos, lejos en oriente brilla todavía un sol que nunca ha iluminado esta tierra. Pero es ya tiempo, la última hora se acerca. Veo ya la orilla obscura del desierto.

Gris está el cielo. Bosteza el desierto.

Tendida en la obscura arena hay una esfinge de negra piedra marmórea, con la mirada hundida en el reino de la yerma lejanía.

Ni odio ni amor irradian de esa mirada. El ojo está velado por profundo ensueño, y en el frío esplendor de los labios mudos flota sonriendo levemente la más silenciosa eternidad.

El primer caminante mira a la esfinge en los ojos, pero no puede resolver sus enigmas, y cae sin decir palabra en el polvo del desierto.

P. KROPOTKIN:

EL COMUNISMO ANARQUISTA

Puede decirse, sin exagerar la importancia de nuestra fracción del movimiento socialista — la fracción anarquista — que, malgrado las divergencias que se producen entre las diversas fracciones socialistas y que se acentúan sobre todo por la diferencia de medios de acción más o menos revolucionarios aceptados por cada una de ellas, puede decirse que todas, por la palabra de sus pensadores, reconocen por punto de mira el comunismo libertario.

Las demás, por su propio reconocimiento, no representarían sino etapas intermedias.

Toda discusión acerca de las etapas a trasponer es ociosa, si ella se basa sobre todo en el estudio de las tendencias que se manifiestan en la sociedad actual. De esas tendencias varias, dos merecen sobre todo nuestra atención.

La una consiste en que se comienza a entrever que en las sociedades modernas, se hace cada vez más difícil determinar la parte que a cada uno corresponde de la producción. La industria y la agricultura han llegado a ser hoy tan complicadas, tan intrincadas y las industrias todas tanto dependen las unas de las otras que el sistema de pagos al productor-obrero por el resultado de sus trabajos tórnase casi imposible.

En otro tiempo, cuando no se conocía más que un sistema de confeccionar el calzado, de coser las telas, de forjar clavos, de segar una pradera, y así por el estilo, podía apreciarse que si tal obrero producía más calzado, tela o clavos o segaba más hondo que tal otro, retribuía la competencia, el saber de éste, haciéndole entrega de un salario elevado en proporción a los resultados que había obtenido.

Pero al presente que la productividad del trabajo depende casi por completo de las máquinas y de la organización del trabajo en cada empresa, — hácese cada vez menos posible graduar el salario según los resultados obtenidos por cada trabajador. Es porque cuanto más adelantada está una industria, más se le tiende el salario a un tanto para reemplazarlo por

el salario a jornal. Este último, por otra parte, tiende a igualarse.

La sociedad burguesa de estos tiempos está ciertamente dividida en clases, y tenemos toda una casta de explotadores para quienes los emolumentos se acrecientan en proporción inversa a la labor que hacen; más están retribuidos, menos producen. En la misma clase trabajadora, vemos cuatro grandes divisiones: las mujeres, los agricultores, los trabajadores que efectúan trabajos simples y rudimentarios, y en fin los que tienen un oficio más o menos especializado. Estas divisiones representan cuatro grados de explotación, que no son otra cosa que los resultados de la organización burguesa de la producción.

Pero en una sociedad de iguales, donde todos podrán aprender un oficio, y donde la explotación del campesino por el industrial y de la mujer por el hombre cesará, esas divisiones entre trabajadores deberán desaparecer. En nuestros días ya, en cada una de ellas, los salarios tienden a igualarse. Y es lo que ha provocado, se dijera con razón, que el día de trabajo de un cavador vale el de un joyero, y lo que hizo pensar a Roberto Owen en los *bonos de trabajo* entregados a cada uno de los que han dado *tantas horas de trabajo* para la producción de cosas reconocidas necesarias. En la Comuna de París de 1871 hemos visto también el salario de los administradores de la comuna limitado a una paga de quince francos por día.

Sin embargo, si consideramos el conjunto de las tentativas de socialización vemos que, aparte de la unión de algunos miles de granjeros en Estados Unidos, el bono de trabajo no se ha abierto camino en los tres cuartos de siglo que transcurrieron después de las tentativas hechas por Owen para su aplicación. Y hemos hecho resaltar las razones (La Conquista del Pan; El Salariado; La Ciencia Moderna y la Anarquía).

En comparación vemos gran parte de tentativas parciales de socialización en dirección del comunis-

mo. Centenares de comunas — en su totalidad más o menos comunistas — han sido fundadas desde hace un siglo, en distintos lugares, y en este momento mismo tenemos noticias de más de un centenar de ellas que se encuentran en un estado regularmente próspero.

Dejando aparte la cuestión religiosa y su importancia en la organización de las comunas comunistas, bastaría citar la historia de los Doukhobors del Canadá para demostrar la superioridad económica del trabajo comunista, comparado con el trabajo individual. Llegados al Canadá sin un centavo en los bolsillos y forzados a instalarse en un lugar despoblado y frío de la provincia Alberta; sus mujeres, por falta de caballos, atándose al arado en número de veinte o treinta, mientras que los hombres de mayor edad trabajaban en un ferrocarril y volcaban sus salarios en bloc en la comunidad, — los seis o siete mil Doukhobors supieron, en siete u ocho años, llegar a la prosperidad, organizando su agricultura y su vida con la ayuda del maquinismo moderno, con segadoras y atadoras americanas, trilladoras y molinos a vapor comunales (1).

Aquí tenemos una federación de veinte aldeas comunistas, en las que cada familia habita su casa, en tanto que los trabajos rurales, etc. se realizan en común, y cada una de ellas saca de las proveedurías comunales lo que le hace falta para vivir. Esta organización, que se ha mantenido durante varios años por la idea religiosa de la comunidad, no es ciertamente nuestro ideal; pero debemos, sin embargo, conocer que desde el punto de vista económico la inmensa superioridad del trabajo comunista sobre el trabajo individual y la perfecta posibilidad de adaptar ese trabajo a las exigencias modernas de la agricultura con la ayuda de máquinas están claramente demostradas.

Junto con esos ensayos de comunismo agrario podemos también señalar una serie de experimentos de *comunismo parcial, para el consumo solamente*, que vemos surgir en las numerosas tentativas de socialización de la sociedad burguesa, sea entre particulares, sea en la socialización de los servicios municipales.

El hotel, el barco a vapor, la pensión son todos ensayos hechos bajo esta dirección, por la burguesía. En cambio de una contribución de tanto por día, tenéis a elección de diez a cincuenta platos que os son ofrecidos, en el hotel o sobre el barco, y nadie registra cuánto habéis comido.

Esta organización se extiende internacionalmente y antes de partir de París o de Londres podéis muniros de bonos (a razón de cierta cantidad de francos por día) que os permiten deteneros a vuestra voluntad en centenares de hoteles en Francia, en Alemania, en Suiza, etc., pertenecientes todos a una Liga Internacional.

Bien han comprendido los burgueses las ventajas del comunismo parcial, combinado con una libertad casi completa del individuo, *para el consumo*; y en esas instituciones, por un precio de tanto por día, se toma encargo de satisfacer vuestras necesidades re-

(1) *Adquirieron tierras en las costas del Pacífico, en la Columbia británica, provincia de Canadá, donde establecieron su colonia frutícola, — lo que hacía mucha falta a esos vegetarianos en la provincia Alberta, donde el manzano, el peral, el cerezo, etc., no daban frutos, — las flores solían parecer con las fuertes heladas del mes de mayo.*

ferentes al alojamiento y la nutrición, salvo las de lujo extra (vinos, habitaciones especiales), que pagáis por separado.

El seguro contra incendio (sobre todo en las aldeas donde una cierta igualdad de condiciones permite una prima semejante para todos los pobladores), contra accidentes, contra el robo; ese convenio que permite a los pescadores ingleses de proveeros de una vez por semana, a razón de un pequeño costo, del pescado que puede consumir una corta familia; la sociedad de socorros para pagar el médico, tan extendidas entre los obreros ingleses; las innumerables sociedades de seguros para los casos de enfermedad, etcétera, toda esa interminable serie de instituciones que nacieron en el transcurso del siglo diez y nueve, entran en la misma categoría de acercamiento al comunismo parcial, por una parte del consumo.

En fin, tenemos una cantidad de instituciones municipales — agua, gas, electricidad, casas obreras, tranvías a tarifa uniforme, fuerza motriz, etc. —, en las que las mismas tentativas de socialización son aplicadas en un escala que se extiende cada vez más. Y lo importante del caso es que esas instituciones para el consumo más o menos comunista llevan forzosa-mente las ciudades hacia la organización municipal de la producción (gas, fuerza motriz eléctrica, lecherías). Más aún. Veremos dentro de pocos años, en Inglaterra, la ciudad poseyendo y explotando sus minas de hulla, con el fin de obtener luz y fuerza motriz eléctricas, sin pagar un tributo a los propietarios de las minas carboneras. En Manchester este problema fué resuelto hace tiempo, cuando un trust que abarcaba las principales compañías mineras hizo subir exageradamente el precio del carbón durante la guerra de los boers. Algunas ciudades del centro de Inglaterra poseen ya sus minas.

Ciertamente no puede considerarse que todo esto sea comunismo. Pero el principio que prevalece en varias de esas instituciones contiene ya una parte del precepto comunista: *Por una contribución de tanto por día o por año* (en dinero hoy, en trabajo mañana), *tenéis derecho a satisfacer tal categoría de vuestras necesidades — excepto el lujo.*

Para ser verdaderamente comunistas, fáltales a estos ensayos varias cosas, de las cuales dos son esenciales: Primera: el pago fijo se efectúa en dinero en vez de hacerse con trabajo. Segunda: los consumidores no tienen voz en la administración de la empresa. Sin embargo, la idea, si la tendencia de esas instituciones fuera bien comprendida, no habría ninguna dificultad, *hoy mismo*, de fundar, por empresa privada o societaria una comuna, en la que el punto principal, es decir el pago con trabajo, podría ser introducido.

De esta manera, supongamos un terreno de 500 hectáreas. Doscientas casitas, cada una rodeada de un cuarto de hectárea de jardín o de quinta, son construidas en esa extensión de tierra. La empresa hace entrega a cada familia que ocupa una de esas casitas, a elegir lo que ella desea sobre cincuenta platos diarios; o bien le provee el pan, las legumbres, la carne, el café a voluntad, para ser cocidos a domicilio. En cambio, la empresa exige sea tanto por año pagado en dinero, sea tantas horas de trabajo a vuestra elección en algunas de las ramas de trabajo del establecimiento: agricultura, cría de ganado, cocina, servicio de limpieza.

Esto puede hacerse mañana mismo si se quiere; y llama la atención que una semejante granja-hotel-jardín no haya sido fundada ya por algún hotelero emprendedor.

III

LAS PEQUEÑAS COMUNAS COMUNISTAS CAUSAS DE SU FRACASO

Se nos hará tal vez observar que es aquí, al introducir el trabajo en común, donde los comunistas han fracasado generalmente. Las causas de sus reveses han sido siempre de otro origen.

Desde un principio, casi todas las comunas fundáronse a continuación de explosiones de entusiasmo semi-religioso. Pedíase a los hombres que fueran "precursores de humanidad", que se sometieran a reglamentos de minuciosa moral, que se preparasen para la vida comunista, que dieran todo su tiempo, durante las horas de trabajo y fuera de ellas a la comuna. Era una insensatez.

Era imitar a los monjes y pedir a los hombres—sin necesidad alguna— que fueran lo que no son.

Hace poco tiempo que, por obreros anarquistas, se fundaron comunas sin ninguna pretensión de esa clase, con una finalidad puramente económica — la de substraerse a la explotación patronal.

Otro de los errores fué el de modelar la comuna sobre la familia y de pretender crear "la gran familia". Por eso, vivíase continuamente bajo un mismo techo, forzado uno siempre a estar en compañía de los mismos "hermanos y hermanas". Pero puesto que dos hermanos, hijos de los mismos padres, encuentran por lo común dificultoso vivir bajo un mismo techo, y que la vida de familia no es favorable a todos, cometíase un error fundamental al querer imponer a todos "la gran familia", en vez de tratar, por el contrario de garantizar, en lo posible, la libertad y la independencia doméstica de cada cual.

Una de las condiciones para el éxito de una comuna sería pues abandonar la idea de un falansterio, y habitar casitas separadas, como se acostumbra en Inglaterra.

De otra manera una pequeña comuna no podría durar. Los "hermanos y hermanas", forzados a un contacto continuo, con la pobreza de impresiones que los rodea, terminan por detestarse. Es suficiente que dos personas se tornen rivales, o que simplemente una a otra no se toleren, para que su distanciamiento acarree la destrucción de una comuna. Sería de extrañar que las pequeñas comunas pudiesen existir largo tiempo, tanto más cuanto que las comunas fundadas hasta hoy se han aislado del mundo entero. Hay que decirse por adelantado que una asociación limitada de diez, veinte, cien personas no podría durar sino tres o cuatro años. Si durase más tiempo habría que lamentarlo, porque eso demostraría o que todos han perdido su individualidad o que uno solo ha subyugado a los demás. Y puesto que se está en la seguridad de que al cabo de tres, cuatro o cinco años, parte de los miembros de una comuna tratará de separarse de ella, habría que tener por lo menos, una docena o más de comunas federadas, para que aquellos que, por cualquier motivo, quisieran abandonar cierta comuna, pudiesen ingresar en una nueva y que elementos, provenientes de otros grupos, les reemplazasen. De lo contrario, la comuna comunista está condenada a perecer, o caer (como frecuentemente sucede) en manos de uno solo — por lo general del "hermano" peor intencionado.

En fin, todas las comunas fundadas hasta hoy aislábanse de la sociedad. Pero la lucha, una vida de lucha, es para el hombre activo una necesidad más indispensable que una mesa bien servida. Esa necesi-

dad de conocer el mundo, de lanzarse en su corriente, de vivir sus luchas, de compartir sus sufrimientos, es cosa apremiante para la nueva generación. De ahí que los jóvenes, desde que han cumplido los diez y ocho años, abandonan una comuna que no forma parte de la sociedad entera.

Imagináos a vosotros mismos, a la edad de diez y seis a veinte años, alojados en una comuna comunista, en cualquier parte de Texas, Canadá o Brasil. Los libros, los diarios, los grabados os hablan de las grandes y hermosas ciudades donde una vida intensa se desborda en las calles, en las salas de espectáculos, en los mítines como un impetuoso torrente. "Allí está la vida", os diréis: "aquí está la muerte, peor que la muerte todavía, — ¡la parálisis!"

—¿"La miseria? ¿el hambre?" "¡Y bien, yo prefiero la miseria, el hambre, con tal de que pueda luchar, y no el quietismo moral e intelectual, que es peor que la muerte!" Y abandonáis la comuna — y hacéis bien.

De esto se deduce el error que cometían los icarianos y otros comunistas al fundar sus comunas en las sábanas desiertas de la América del Norte. Más les hubiera valido abonar el importe del arrendamiento de la tierra en Europa que no internarse en el desierto, — a menos de soñar, como los comunistas de Anana, los shakers, los douthobors, en la creación de un nuevo imperio religioso. Para los reformadores sociales, es imprescindible la lucha, la proximidad de los centros intelectuales, el contacto continuo de la sociedad que se trata de reformar — y el entusiasmo creador de la ciencia, del arte, del progreso, que no se obtiene por los libros solamente.

Obvio es repetir que el gobierno de la comuna fué siempre el más serio obstáculo que se presentó a los comunistas prácticos. Es necesario leer, en efecto, el "Viaje a Icaria" de Cabet para comprender cuán detestables e intolerables eran las comunas fundadas por los Icarianos. Significaba aquello el aniquilamiento de la personalidad humana ante el gran sacerdote fundador, que pedía Cabet. ¡Se comprende la aversión que Proudhon tuvo para esta secta! Ella lo merecía.

Próximo a ésto, vemos que aquellos comunistas que no han tenido sino muy poco autoritarismo en sus comunas, o no han tenido ninguno (como la "Juven Icaria") fueron favorecidos por mejor suerte.

Fácilmente se comprende. Las pasiones políticas son siempre violentas. Podemos vivir, en una ciudad, cerca de nuestros adversarios políticos, si no nos vemos obligados a codearnos con ellos a cada instante. Pero, cómo vivir por la fuerza en una pequeña comuna donde tenemos que vernos cada día, cada hora? La lucha política se introduce en el taller, en los lugares de trabajo y de reposo y la vida se torna insostenible.

En compensación, se ha probado y archiprobado que el trabajo comunista, la producción comunista, dan resultados maravillosos.

En ninguna empresa mercantilista el aumento del valor de la tierra, por medio del trabajo, ha sido tan grande como en cada una de las comunas fundadas en Norte América o en Europa.

Hemos notado ya que en las grandes comunidades, como la de los siete mil Doukhobors del Canadá, el triunfo económico fué rápido y completo.

Y el mismo buen resultado económico se ha observado también en una muy pequeña comuna de siete u ocho trabajadores anarquistas, cerca de Newcastle.

Afrontaron estos hombres la lucha sin dinero al-

guno, arrendando una granja de tres hectáreas (efectuamos en Londres una suscripción para comprarles una vaca destinada a producir leche para los niños de la minúscula colonia); sin embargo, en tres o cuatro años supieron esos trabajadores dar a sus tres hectáreas un alto valor, con el cultivo intensivo combinado con la jardinería y el cultivo en invernáculos. De Newcastle muchos acudían a la comuna a contemplar sus admirables progresos. (Las magníficas cosechas de tomates, obtenidas mediante la protección de cobertizos de vidrio eran adquiridas por la Cooperativa de Sunderland).

Si esta pequeña comuna hubo de disolverse al cabo de tres o cuatro años, fué porque tal es la suerte inevitable de toda reducida aglomeración de personas, mantenida por el entusiasmo de varios individuos.

No fué la catástrofe económica lo que los condenó al fracaso. Fueron causas personales, — inevitables en un medio tan estrecho, donde están constreñidos a vivir codeándose continuamente las mismas personas.

Si hubiéramos tenido tres o cuatro comunas anarquistas federadas, la partida del fundador de esta comuna no habría acarreado su separación: no hubiera habido sino un cambio de personal.

Ciertamente, en muchos casos se han notado defectos en la organización, como sucede también en las empresas capitalistas; pero, puesto que sabemos que la proporción de las quiebras comerciales es más o menos de 4 sobre 5, en los primeros cinco años que transcurren después de su fundación, débese reconocer que, en las comunas comunistas, nada de comparable se encuentra a esta enorme proporción de fracasos. Cuando la prensa burguesa (haciendo gala de buen humor) propone ofrecer a los anarquistas una isla para que establezcan una comuna, — válidos de nuestra experiencia, estamos dispuestos a aceptar esta propuesta, a condición de que esta isla sea, por ejemplo, la Isla de Francia y que valuación hecha del capital social, recibamos nuestra parte. Solamente, como sabemos que no se nos entregará la Isla de Francia, ni nuestra parte del capital social para realizar una experiencia honesta de comunismo, trabajaremos a fin de que el pueblo se apodere de todo un día, por medio de la revolución social.

París, en 1871, y Barcelona, no estuvieron tan lejos de hacerlo que se diga — y las ideas han progresado desde entonces.

Sobre todo el progreso, consiste en que comprendemos que una ciudad, sola, transformándose en comuna, encontraría dificultades para su existencia. El ensayo debiera, en consecuencia, verificarse en un territorio — por ejemplo, el de uno de los Estados del Oeste Americano, Idaho u Ohio, nos decían algunos socialistas de Norte América, — y tenían perfecta razón. Es en un territorio extenso, comprendiendo ciudad y campo — y no en una ciudad o en un poblado solamente — que habrá, en efecto, que lanzarse un día hacia el porvenir comunista.

Hemos demostrado repetidas veces que el comunismo estatal no puede llevarse a cabo, y sería inútil insistir sobre este punto. La prueba de ello está además en el hecho de que los estadistas mismos, los defensores del Estado socialista, tampoco lo creen posible. Ninguno de ellos, piensa ya en el programa comunista-jacobino, que planteaba Cabet en su "Viaje a Icaria". El Manifiesto Comunista de Marx está considerado como un anacronismo por los mismos mar-

xistas. La mayor parte de los socialistas ocúpense en conquistar una parte del poder en el Estado actual — el Estado burgués — y no se entretienen en explicar lo que entienden por un Estado socialista que no sería sin embargo el Estado solamente capitalista y todos asalariados del Estado.

Cuando les decimos que es sólo esto lo que pretender, se enfadan; pero no demuestran qué otra forma de organización quieren establecer. Puesto que no creen en la posibilidad de una próxima revolución social, su finalidad consiste en tomar buenamente parte en el gobierno del actual Estado burgués. Dejan al porvenir que determine adónde se llegará.

En cuanto a los que han tratado de bosquejar el Estado socialista futuro, cuando se les reprocha el querer eliminar toda libertad con la concentración de la producción en manos de funcionarios de Estado, responden que ellos solamente aspiran a tener oficinas de estadística. Pero esto no es más que un juego de palabras. Sabemos, además, hoy que la única estadística aceptable es la que hace el individuo mismo, dando su edad, sexo, ocupación, posición social, el resumen de lo que ha vendido o comprado, una lista indicadora de sus necesidades.

Las cuestiones que se plantean al individuo en las encuestas serias de estos últimos tiempos fueron generalmente preparadas por particulares de buena voluntad o agrupaciones culturales y el objeto de las oficinas de estadística se reduce hoy a distribuir los cuestionarios, a clasificar las fichas y a adicionarlas por medio de las máquinas de sumar. Reducir así el Estado, el gobierno, a ese fin, y decir que por gobierno no se entiende sino eso, significa (cuando se habla con sinceridad) llevar a cabo buenamente una retirada honrosa. Hay que reconocer, en efecto, que los jacobinos de hace treinta años han machacado hasta el cansancio sobre sus anhelos de dictadura y centralización socialista. Nadie osaría decir hoy que el consumo y la producción de las patatas o del arroz deben ser reglamentados por el parlamento del Volksstaat (Esta popular), como era de práctica anunciarlo en los diarios socialistas alemanes de hace treinta años.



PIERRE RAMUS

LOS ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA ORGANIZACION SOCIAL

3.—TRATADO Y ACUERDO: POSESION Y PROPIEDAD

Una de las instituciones más irracionales del orden autoritario estatal es la ley. En lugar de regular los movimientos sociales, los deseos individuales por las condiciones vitales múltiples del individuo, diversamente y nuevamente creadas según la necesidad y la razón, lo hacen hoy las disposiciones inmutables que nacen del pasado y encandenan a sus máximas supervivientes el presente y el futuro.

No incluimos en esta conexión la ley penal, en que están codificados los llamados crímenes; esa ley conserva el bajo nivel general de la brutalidad todavía imperante y de la diabólica sed de represalias en el Estado y en el pueblo mediante su furia vengadora y su prescripción de tormentos. Nos referimos aquí sólo a lo que se llama ordinariamente *legislación general civil* y que significa el resumen de las leyes, según el cual son determinados los derechos privados y los deberes de los habitantes del Estado entre sí. Sólo de esta última legislación nos ocuparemos aquí.

El código civil regula teóricamente los millares de derechos personales, los derechos reales, los derechos móviles, etc., que existen en la sociedad estatista y capitalista. En la práctica se realizan la mayor parte de estos asuntos sin conocimiento de los párrafos de la ley correspondiente por las partes, y esos párrafos tienen sólo valor en tanto que existe una fuerza jurídica para imponerlos en los casos de un acuerdo realizado. Puesto que existe, todos los tratados y convenios se basan, según la ley civil, en la fuerza punitiva de la justicia. Y ésta protege naturalmente la injusticia de los intereses monopolistas del propietario particular, no el derecho natural de todo miembro de la sociedad.

Dado que en una sociedad comunista anarquista el monopolio de la propiedad está completamente abolido, se ha vuelto por eso el código civil entero inútil y cesa de tener validez. Pues todos los intereses monopolistas de la propiedad nacen de la *diferencia* entre posesión y propiedad, instituciones ambas que pretende proteger el Estado, mientras que en verdad sólo protege sus formas monopolistas, especialmente la de la propiedad. También es inutilizado todo monopolio por el aseguramiento de la existencia de cada individuo.

La diferencia que existe entre posesión y propiedad es ambigua para la mayoría, y de ahí surge la más desoladora confusión de los conceptos. A ella corresponde la culpa principal del Estado, que la provoca intencionalmente para borrar esa diferencia. Del desconocimiento de esa diferencia fundamental surge una colosal adversidad de intereses en la sociedad,

por una parte declara sagrada e inviolable la propiedad de un hombre, por otra parte permite y legitima jurídicamente el robo legal, es decir, la expropiación del producto del trabajo de un hombre por otro a quien la fuerza de la ley favorece.

¿Qué es posesión? El que tiene una cosa en su poder o bajo su custodia es poseedor; si tiene la intención y el poder físico para conservar esa cosa como suya, es su poseedor.

En la esencia de la posesión está la ausencia de monopolio, es decir la impotencia para excluir o impedir el empleo de una cosa que el poseedor no puede declarar como suya por su poder físico, su fuerza corporal y su empleo. Ya que en una sociedad comunista anarquista todos los hombres poseen lo que son capaces de demostrar por su potencia física y su utilización y empleo como posesión individual, porque existe bastante para todos, todos los miembros de la sociedad son *poseedores* de los bienes reales necesitados por ellos individual o colectivamente. Es imposible para cada uno, es absurdo querer excluir a sus semejantes del empleo de los mismos, pues un ensayo semejante sobrepasa la potencia física del individuo frente al interés común de los otros en no permitir ese intento.

La esencia de la posesión lleva, pues, por sí misma a una solidaridad de los intereses económicos del individuo y de la comunidad.

Veamos ahora qué es la propiedad.

La propiedad, al contrario de la posesión, no es asunto de tener una cosa, ni la posibilidad de su aprovechamiento o custodia ni menos la conservación del propio estado de posesión según la medida de su empleo. Tan sólo en una sociedad anarquista comunista llegará la propiedad del individuo a ser idéntica con la posesión particular de la misma. En la sociedad existente la propiedad es el permiso, es decir el derecho de fuerza asegurado a un individuo por un poder más alto para hacer y deshacer con la substancia y el disfrute de una cosa y excluir a los demás, de acuerdo al propio capricho, de eso, es decir del empleo de una cosa igualmente necesario para todos por ser personalmente indispensable.

Ya a la primera ojeada se reconoce la diferencia entre posesión y propiedad. La primera es el mantenimiento de un objeto que es, en cierto modo, gracias al uso, a la utilización, al aprovechamiento particular, una parte integrante inseparable de todas las condiciones vitales del poder asegurado a un individuo; lo último, la propiedad, es el privilegio del poder asegurado a un individuo para hacer y deshacer con una cosa sin necesidad de tener en cuenta si es o no necesaria también para los demás; la propiedad

es hoy el privilegio de un individuo frente a los demás, lo que da al propietario el poder de excluir a los otros del uso y de la posesión de una cosa necesaria para ellos y de prohibírsela. La propiedad constituida por el Estado no es posesión por todos, es precisamente poder monopolista del individuo contra la inmensa mayoría.

El código civil persigue supuestamente el objetivo de garantizar y definir los derechos y los deberes de todos los habitantes de un Estado. Ya aquí comienza aquella diferencia citada más arriba, pues en ninguna parte habla de iguales derechos y de iguales deberes de todos frente a los individuos y a la sociedad. La diferencia se acentúa y agranda hasta lo más monstruoso, lo más criminal y lo más injusto, en tanto que el Estado se da la apariencia de considerar igualmente y de garantizar de igual modo la posesión y la propiedad.

Pero esa garantía es sólo aparente. Realmente el Estado no garantiza la posesión, que para él está muy subordinada, sino en primera línea la propiedad monopolizada violentamente erigida y sólo después la situación de posesión que nace de ella. Pero puesto que lo último crece en un terreno corrompido, de la violencia y del robo, puesto que no es más que una consecuencia de la primera, necesita las leyes y la violencia, de los tribunales y de las prisiones, de los castigos y de la opresión, con los cuales el fondo de todo, la propiedad monopolista, puede mantenerse y la posesión derivada de ella se encuentra protegida en sí y por sí. Que esto es imposible porque el poder monopolista y la posesión se oponen a la naturaleza humana, nos lo enseña una ojeada a la larga e inabarcable serie de los crímenes e injusticias crecientes del sistema estatista, y que en sus nueve décimas partes se originan de la contradicción entre el derecho humano natural de vida y de posesión de cada uno y la propiedad monopolizada de los individuos frente a la sociedad.

En una sociedad anarquista comunista es otro muy distinto el caso.

En ésta toda propiedad monopolizada es suprimida, y por eso se desarrolla el derecho de posesión individual como derecho social de todos. Puesto que de *facto* todos gozan del derecho a ejercer y mantener la posesión, resulta una posesión que será detenida por todos con iguales derechos e iguales deberes frente al individuo como frente a la sociedad.

Una posesión semejante perteneciente de igual modo a todos halla su garantía ante toda suerte de perturbación posesiva por el prójimo en la custodia del propio interés por éste, pues toda perturbación de la posesión, por lo demás, entrañaría un pretexto para hacer lo mismo contra el perturbador. En una sociedad ordenada, en la que cada uno y cada una gozan de igual posibilidad de posesión no puede darse el caso de que personas con sentidos normales — y sólo de tales se compone una asociación concertada sobre la base de la autodeterminación — lesione el derecho de posesión de unos y de otros por puro placer de perturbación o por inútil intención de causar daño.

Después de haber aclarado la diferencia entre *posesión* y *propiedad* es comprensible que en la sociedad comunista anarquista existen otras muy distintas relaciones y regulaciones vitales de naturaleza jurídica. Donde desaparece la propiedad monopolizada, desaparece con ella también la ley y la necesidad de tal

ley. La posesión de cada uno y de cada una, es decir de todos, sólo exige una cosa: el aumento racional la multiplicación de los poseedores. Y puesto que esto únicamente puede ser realizado en el trabajo solidario de la comunidad, no en el robo recíproco, no en el engaño, en una palabra, no en la explotación del sistema del beneficio, aparece también otro miembro de relación entre el individuo y la comunidad.

Este nuevo medio de relación, que en lugar de la ley reguladora determina todas las fases de la vida social, es, en la sociedad anarquista comunista, el *libre pacto o el libre acuerdo*.

Malevolentes charlatanes han intentado a menudo sostener que el pacto y la ley eran una y la misma cosa. Esto no es cierto. Una ley es impuesta al hombre por el hombre y permanece inmutable aun para aquellos que no han aprobado jamás la ley; un pacto es consentido por los mismos que participan en él y de igual modo en las condiciones del acuerdo de las partes interesadas. Una ley es la disposición del pasado muerto sobre el presente viviente y el futuro; un pacto es un acuerdo que no puede extenderse en la sociedad comunista anarquista más allá de la vida de los que lo contrajeron. Un pacto puede ser renovado, sin que sea prolongada semejante renovación nunca automáticamente. Finalmente una ley es una disposición inmutable a la que todos tienen que *subordinarse*, mientras que un pacto es un acuerdo que puede ser declarado en todo momento nulo, si no prevalece ya la unanimidad de intereses, lo mismo que en caso de la liquidación del pacto.

Estas pocas pruebas deberían bastar para señalar del modo más claro la inmensa diferencia entre ley y pacto.

Pero el pacto en una sociedad anarquista comunista es en sí y por sí algo que no existe en el orden de violencia existente; es un pacto *libre*, un *libre* acuerdo. Tales sólo existen en el presente en casos muy raros. Toda relación de pacto en el presente se realiza ordinariamente bajo la presión de alguna necesidad, en la mayoría de los casos de naturaleza material, entre uno que domina la oferta y otro que es sometido a ella. Un pacto libre es casi imposible dentro de la sociedad actual, apenas existe; no se produce casi nunca la posibilidad de un pacto entre iguales, pues sólo es consentido, si uno o el otro de los contrayentes cree acaecer en él ventajas que aporten beneficios — es decir una explotación de los demás.

En el anarquismo comunista sucede otra cosa. Toda explotación del uno por el otro pierde todo sentido y objeto en una sociedad donde existe la posesión general, la ausencia de toda propiedad monopolizada. El pacto de dos comunidades es completamente libre para ambas partes, pues la posición monopolista de una parte no obliga a aceptarlo a la otra, sino el beneficio igual de la comunidad reconocido por ambas partes en común acuerdo y que crea una solidaridad de intereses. Ninguna de las comunidades contratantes aspira, como hoy, al enriquecimiento de una a costa de la otra, ambas quieren lo mismo: la realización de un objetivo común que redunde de igual modo en beneficio de todos los individuos.

La asociación libre es el lazo unificador de las relaciones sociales entre las gildas particulares y las federaciones. Nada impide al miembro individual de la comunidad el establecimiento de un pacto con sus afines según otro tenor. Lo mismo en tanto que indi-

viduos que en tanto que minorías, los miembros de las gildas y de las comunidades poseen el derecho de autodeterminación en todos los puntos del pacto que deben tener para ellos validez personal.

Todas las comunidades poseen un archivo en el que es conservada una copia de todos los pactos concertados por ellas, individual o colectivamente. Esto tiene lugar en los intereses culturales generales para la observación y fundamentación de las tendencias y conceptos jurídicos de naturaleza material, social, económica y personal que se manifiestan en la sociedad anarquista comunista en el curso de su evolución.

La colección lleva el nombre de "Archivo de pactos

de la economía popular". La utilización para fines de estudio de este Archivo naturalmente está a disposición libre de todos los interesados y de todos los investigadores.

Sea por fin hecho resaltar otra vez: Todo pacto se refiere al pactante mismo y a él personalmente. No existe ninguna coerción que pueda efectuar el mantenimiento del pacto, fuera del interés colectivo de los mismos contrayentes. La retirada ante un pacto, la terminación de tal con uno o con muchos otros es en todo instante asunto del sentimiento y del interés particulares. La custodia de los intereses del pacto es cosa de los contrayentes, su lesión malogra la comunidad de los intereses del pacto, el aprecio recíproco de los contrayentes entre sí y el aprecio general. Con personas inseguras en sus compromisos no concierta ni renueva nadie pactos.

MAX NETTLAU

Miguel Bakunin desde sus comienzos hasta 1864

I

La verdadera naturaleza de los hombres más significativos en cada terreno consiste en que son más receptivos que los demás, en que el ambiente y lo que despierta su particular interés obra en ellos más fuertemente, en que reciben más y por consiguiente pueden devolver, intelectualmente elaborado, más que los otros. Esto se ajusta también a los anarquistas más salientes y Proudhon, que primero como obrero, luego como escritor se conquistó su independencia, que vió desde la mayor proximidad el sistema burgués altamente desarrollado de la época de Luis Felipe y del segundo imperio, que no fué sacudido en lo más mínimo por la impotente república de febrero y las desesperadas jornadas de junio, el cual vió desde la revolución la autoridad y la dictadura como objetivo y medio de la mayoría de los políticos y de los revolucionarios, mientras que socialistas y comunistas abrigaban igualmente aspiraciones dictatoriales y luego ciega igualación e inocho palabrerío fraternal, — Proudhon construyó sus ideas inevitablemente en oposición a todo eso, lo mismo que Josiah Warren, cuyo anarquismo individualista refleja su propia conciencia y las posibilidades entonces aparentemente ilimitadas de independencia en América. Otros hombres poseían junto a esa misma necesidad de libertad mejores experiencias en la solidaridad humana y la apreciación intensa de ambas, la necesidad de ambas estuvo en la base de la formación de sus ideas.

Tales hombres fueron Bakunin, Eliseo Reclus y algunos otros, y ellos han comprendido más hondamente la esencia de la humanidad efectiva que los Proudhon, Max Stirner y Warren, que vivieron en un ambiente pobre en sentimientos.

Miguel Alexandrovitch Bakunin, nacido el 30 de mayo de 1814 en la finca Premuchino, gobierno de Tver, tuvo, como se conoce cada vez más (1), la dicha especial de crecer en un medio familiar tan feliz que se desarrollaron en él los buenos impulsos y fueron alejadas las malas influencias, hasta que él mismo fué capaz de reconocer su maldad y reaccionó tanto más vigorosamente contra ellas. Hasta los 15 años vivió en el círculo de diez hermanos, dos algo mayores (1811, 1812), dos hermanas algo menores (1815, 1816) y cinco hermanos (1818-1823), de manera que se educó con las hermanas mayores, protegió a los menores y fué el jefe y el ejemplo del grupo de hermanos, que no advirtió nada de la vida rusa, del despotismo y de su propia existencia parasitaria fundada en el trabajo de los campesinos esclavizados. Pues el padre no dejaba llegar a ellos todas esas impresiones y vivía él mismo, considerando el ambiente con resignación, en los recuerdos de los círculos cosmopolitas e intelectualmente instruidos en que había pasado su juventud; especialmente en Italia, y también en Francia, hasta que las impresiones de la revolución francesa, demasiado rudas para sus sentimientos moderados, lo volvieron a llevar a Rusia. Allí se libertó pronto del servicio del Estado y vivió en su finca con su madre, luego con su mujer en activa comunicación con hombres espiritualmente libres, y también con algunos elementos del movimiento de la época de los decabristas, dejando a sus hijos con gran bondad mucho libre desenvolvimiento, siendo querido y venerado por ellos, pero con el deseo — probablemente a causa de la independencia de los hermanos inspirados por Miguel — paulatinamente creciente, que por lo general quedó sólo en ensayo, de no verlos crecer enteramente en

contraste con las formas un tiempo usuales de la vida aristocrática rusa. En Miguel se desarrolló en esas condiciones al principio privadas de toda dureza, de seguro muy precozmente, el sentimiento incondicional de solidaridad con el grupo de hermanos y la necesidad de oponerse con espíritu y energía en pro de su libertad y la de los hermanos a los padres que intervenían alguna vez. Amaba infinitamente ese pequeño mundo, y cuando la convencionalidad del padre lo entregó a una educación y a una carrera militar (diciembre de 1828), no descansó hasta que en 1835 se libró de su puesto de oficial de artillería y tuvo luchas caseras y tenaces y penosos largos años, hasta que por fin en el verano de 1840 se le hizo posible partir para Berlín, a fin de concurrir a la universidad, con el propósito entonces aún de prepararse para una cátedra de filosofía en Moscú.

Y es que, después que en los años infantiles habían formado su círculo de intereses, ante todo la naturaleza y amplios sueños de viajes — excitados por los relatos de su padre y otros — había recurrido a la poesía y a la filosofía como oposición a la vida militar y la filosofía que entonces aparecía con tal prestigio, especialmente la filosofía alemana, le pareció largo tiempo una guía efectiva para todo lo obscuro que vivía en él, para la confirmación de su impulso a llevar la libertad y la dicha primero al grupo de hermanos afectos a su corazón en Premuchino, que desde lejos se le presentaba siempre como idilio, como oasis, como paraíso; luego, solidariamente unido con ellos, a toda la humanidad. Las ideas de Fichte tuvieron una influencia sin límites sobre él; por ejemplo, las palabras de su "Anweisung zum seligen Leben": La vida es amor, y toda la forma y la fuerza de la vida consiste en el amor y surge del amor... Lo que quieres, eso vives (Carta del 29 de febrero de 1836; Años de juventud, página 172).

El 10 de agosto de 1836 escribió a sus hermanas: "Amamos lo bueno, y lo bueno debe realizarse a pesar de todos los intentos de lo malo". "Extender más y más la esfera de nuestra actividad y con ella también la esfera de nuestro amor y de nuestra dicha, purificar nuestra alma de todo lo pequeño, ennoblecerla incesantemente, trasladar al exterior el cielo sin fin de nuestras almas y elevar así la tierra a la categoría de cielo, realizar siempre en el mundo exterior las ideas de lo hermoso, de lo sublime y de lo noble, acercarnos cada vez más a la armonía sagrada del mundo interior y del exterior y estar unidos por el objetivo común, las esperanzas y el sagrado amor común, fortificar siempre y purificar nuestro amor entre nosotros, nuestra propia bienaventuranza terrestre, ese es nuestro destino, amigos!" "El que no sufre no puede amar verdaderamente, porque el dolor es el acta de la liberación del hombre de toda espera externa, de su hábito del disfrute instintivo, inconsciente. Así, pues, el que no sufre no es libre, y sin libertad no hay amor, y sin amor no hay bienaventuranza"... "Los padecimientos externos nos afectan independientemente de nuestra voluntad y si no poseemos ninguna conciencia, si no vivimos ninguna vida exterior, cae-

mos víctimas de ellos... En nosotros se revela una religión, la vida interna, y nos sentimos fuertes, pues sentimos en nosotros un dios, un dios que funda un nuevo mundo, el mundo de la libertad absoluta y del absoluto amor, y bautizados en ese mundo, penetrados por ese amor divino nos sentimos seres divinos y libres, predestinados a la liberación de la humanidad, que está todavía subyugada terrenalmente, una víctima más de las leyes instintivas, de la existencia inconsciente. Todo, lo que vive, lo que es, lo que crece, lo que existe solamente, tiene que ser libre, tiene que llegar a la propia conciencia de sí y elevarse al centro divino que anima a todo lo existente. La absoluta libertad y el amor absoluto — este es nuestro fin; la liberación de la humanidad y del mundo entero — este es nuestro destino (para eso somos llamados)"... (págs. 227-9).

Korniloff, cuyo material hace posible el seguir las diversas fases y los matices del desenvolvimiento interno de Bakunin, recuerda aquí una exhortación pronunciada en diciembre de 1835 en un íntimo círculo de hermanos — el primer grupo secreto de Bakunin de que tenemos noticia; — entonces pensaba sólo en la vida interna, con la completa aniquilación de la externa. Ahora quiere establecer la armonía entre ambas. La vida interna no absorbe la vida exterior para su destrucción, sino para su renacimiento. "... El amor a la humanidad adquiere un carácter más determinado y efectivo, y ante el círculo de hermanos por él creado expone el gran problema de la transformación de la vida externa, de la liberación de toda la humanidad y hasta del mundo entero de toda servidumbre". Korniloff sostiene que un desarrollo ulterior en ese sentido habría llevado a Bakunin al anarquismo cristiano en la dirección de Tolstoi (pág. 231-232), pero al punto culminante del período fichteano siguió, como se sabe, una fascinación de años enteros por Hegel, que ejerció mucho a Bakunin espiritualmente, pero que lo retuvo provisoriamente de una formación social de sus ideas hacia mucho despertadas. En ese duro período hegeliano, cuando él y Belinski cultivaban fanáticamente el sofisma: lo real es racional, por consiguiente todo lo existente es racional, conoció a los jóvenes eslavófilos moscovitas; antes, en Petersburgo y en el ejército, en Lituania, había conocido varios miembros inteligentes, pero consagrados al sistema dominante, de la familia de los Muravieff, emparentada con la suya; conoció también en Moscú a Tschadaeff, que seguía su propio camino reaccionario, y tan sólo en los últimos años a los socialistas liberales Herzen y Ogareff, que se oponían abiertamente al hegelianismo antirevolucionario y suscitaron en Bakunin tal vez la primera dura en la omnipotencia y en la omnisciencia de la filosofía.

Fué en todos esos años buscador y proclamador de la verdad, sintió el impulso a inspirar con su propio conocimiento a su querido círculo. Lo que buscaba está claro; era el perfeccionamiento, no sólo suyo, sino de todo su círculo, y esto suponía, como vió pronto, el perfeccionamiento general — de ese camino nació el lazo entre él y un ambiente íntimo, entre él y toda la humanidad. Desde hacía mucho era

un rebelde práctico, por la ruptura de su propia carrera, como defensor obstinado de sus hermanas y hermanos en muchas cosas, considerado por los padres como el cabecilla general, idolatrado temporalmente por los hermanos.

Muchos otros también de aquel tiempo estaban bajo el influjo de la metafísica en un grado que apenas podemos imaginar, aun cuando pensemos en los que se encuentran en nuestro tiempo bajo la influencia del marxismo. En Berlín, luego en Dresde (1842) atravesó Bakunin el hegelianismo desde la derecha a la extrema izquierda (Arnold Ruge), conoció la política radical y el socialismo, lo último por los escritos de Lamennais, de Lorenz Stein y muchas otras lecturas. Vió desde los ambientes más íntimos los ensayos de entonces de una coordinación de la filosofía radical, del radicalismo político y del socialismo. Escribió el famoso artículo de los *Deutsche Jahrbuecher*: "La reacción en Alemania" (17-21 de octubre de 1842, un manifiesto revolucionario revestido en envoltura filosófica, que termina con estas palabras: "... Dejados, pues, confiar en el eterno espíritu, que sólo destruye y aniquila porque es la fuente insondable y eternamente creadora de toda vida. El placer de la destrucción es al mismo tiempo un placer creador!" En Suiza (1843-1844) conoció a Weitling y a otros comunistas alemanes; en Bruselas, en 1844, al nacionalista polaco Lelewel; en París, entonces, a Marx, Hess, Engels y otros; poco después a un ruso muy interesante para él, Melgunoff, de cuya influencia sobre Bakunin no sabemos todavía nada; luego a Proudhon y así a casi todos los socialistas franceses dignos de mención de aquellos años hasta 1847; en 1847 volvió a ver a varios amigos de Moscú, a Herzen, a Belinski y otros.

Su desenvolvimiento fuera de la metafísica lo había concluido sin duda Ludwig Feuerbach; congenial, siguiendo según podía su manera libre de pensar, le fué en aquellos años Georg Herwegh (2), y una verdadera amistad le unió con el alegre músico Reichel, oriundo del oriente de Prusia. De las escasas cartas de aquel tiempo se conserva una a su hermano Pablo (París, 29 de marzo de 1845) (Años de peregrinación, pág. 282-288); en ella Bakunin, escribiendo sobre su evolución en los últimos años, cuenta que por fin ha roto completamente con la metafísica y la filosofía y que se arrojó en el mundo práctico de la acción real y de la vida real. Observa también: "... Todo lo que liberta a los hombres, lo que los vuelve a sí mismos, todo lo que despierta en ellos el principio de su propia vida, de la actividad original y verdaderamente independiente, todo lo que les da de veras la fuerza para ser ellos mismos, es verdad; todo lo demás es falso, liberticida y absurdo. Liberar a los hombres, esa es la única influencia legítima y benéfica. Abajo todos los dogmas religiosos y filosóficos, no son más que mentiras; la verdad no es una teoría, sino un hecho, la vida misma — la comunidad de hombres libres e independientes, — la sagrada unidad del amor, que mana de las misteriosas e infinitas profundidades de la libertad personal".

A George Herwegh escribió a principios de agosto

de 1848 desde Berlín (1848, *Briefe von und an G. H.*, 1896; pág. 21-24): "... Ahora, Georg, me confesarás que Proudhon, contra el que siempre has tenido cierta repulsión, es el único en París — el único en el mundo de los literatos que comprende todavía algo; — ha demostrado un gran atrevimiento; su discurso (3) fué en este tiempo malo e hipócrita un verdadero, un noble hecho. Si llegase al gobierno y su doctrinarismo se hubiera vuelto de negativo en positivo, entonces estaríamos probablemente forzados a luchar contra él, pues al fin y al cabo tiene en el fondo también su sistemita; pero ahora está con nosotros, y en todo caso concederás que ha demostrado un grande y admirable valor. Por lo demás, me interesa muy poco por los debates parlamentarios, la época de la vida parlamentaria, de las asambleas y constituyentes nacionales, etc., ha pasado; y si uno se quisiera interrogar sinceramente, tendría que confesarse que no tiene ningún interés ya, o sólo un interés forzado, imaginado, para esas viejas formas; yo no creo en las Constituciones ni en las leyes; la mejor Constitución no me podría satisfacer. Necesitamos algo diverso: Tempestad y vida y un mundo nuevo, sin leyes y por consiguiente libre".

Y el 8 de diciembre de 1848 desde Koethen: "... Durante estos nueve meses me he acostumbrado a la paciencia, a la espera y a la constancia — J'attendrai, Monseigneur! — esta es mi respuesta a la reacción triunfante, y la anarquía, la destrucción de los Estados tendrá que venir pronto... Las malas pasiones (cuyo desencadenamiento teme la burguesía de 1848, mientras que Bakunin escribió: "... Sólo una guerra campesina anárquica puede salvar a Alemania") producirán una guerra campesina, y eso me alegra, pues yo no temo la anarquía (en el sentido de desorden), sino que la deseo con toda mi alma; ella sola puede arrancarnos con violencia de este maldito ambiente en que tenemos que vegetar tanto tiempo"... (pág. 225-229).

Estas manifestaciones que se encuentran en las pocas cartas conservadas (4), pesan más que las deducciones que se podrían sacar de sus amistosas relaciones personales con algunos comunistas alemanes a quienes había conocido en 1843-1844 en Suiza. Se sabe, además, que sus relaciones con Marx en la segunda mitad de 1844 eran normales, pero lejos de una verdadera amistad. Las relaciones y su alegría al encontrar entre los trabajadores energías frescas, le habían llevado hacia esos comunistas, pero eran aquellos justamente que no habían caído bajo la influencia de Marx.

Según mi convicción, Bakunin estuvo desde el comienzo frente a los socialistas independiente y críticamente. Sintió siempre un impulso hacia la libertad y un amor a los hombres, que primero se expresaron en una forma semi-religiosa, luego en una forma semi-filosófica y que desde el momento en que comprendió el movimiento social (hacia el invierno de 1841-1842), dieron a su socialismo una forma que ha conservado siempre, el del socialismo más completo, pero también el de la más completa realización de la libertad. Los comunistas menospreciaban la libertad, Proudhon puso la seca reciprocidad, el give y el

take, el dar y el tomar, en el lugar de la solidaridad voluntaria: ni unos ni el otro pudieron satisfacer del todo a Bakunin.

Proudhon estaba igualmente equivocado al creer que podía resolver por un "sistemita" (palabras de Bakunin en 1848) el problema social (*Solution du problème social...*, 1848), mientras Bakunin sintió desde el comienzo que sólo podía resolverse por el resultado de duras luchas, de la destrucción de los obstáculos existentes, y no eludió esas luchas, sino que las deseó, y no en la forma de la instauración blanquista y marxista de la dictadura, sino como destrucción fundamental de lo existente, condición previa de una reconstrucción libertaria-solidaria. Con excepciones insignificantes, apenas conocidas por él, estuvo Bakunin hasta 1849 completamente solo con sus ideas, incluso en el desenvolvimiento socialista tan rico en los años 1840 y 1848. Fué socialista, anarquista, revolucionario por impulso propio, discípulo de nadie, partidario de nadie. Que nosotros sepamos no tuvo o no buscó entonces ninguna actividad socialista especial; sus manuscritos se perdieron por completo, sus cartas en gran mayoría. Fué un observador independiente del desarrollo revolucionario, pero allí donde estuvo casualmente no se le ofreció todavía ninguna posibilidad de acción.

Además se añade la circunstancia que, desde que había llamado la atención de la emigración polaca por sus enérgicas palabras sobre Rusia (enero de 1845) y tal vez ya por sus relaciones con Joachim Lelewel (Bruselas, primavera de 1844), especialmente desde 1846, fué absorbido por el movimiento eslavo, lo cual duró hasta 1863. Aquí cooperaron diversos factores: los polacos deseaban considerarlo como una fuerza disolvente en Rusia y acercársele más de lo que se ha llegado a saber; pero vieron pronto también que era por completo ruso y federalista y tal quedaba y que no aceptó nunca un programa polaco que exigía la incorporación de los pequeños-rusos, de los rusos blancos y de los lituanos a la Polonia histórica. Por eso sus simpatías eran muy tibias o negativas; Bakunin consideraba una cuestión de honor el combatir ambos factores, la Rusia zarista y la Polonia imperialista, pero también el estar junto a la Polonia entonces oprimida, no opresora, una situación falsa que imposibilitó toda colaboración real. Lo mismo ocurrió en la relación con los otros eslavos (1848-1849), a quienes le unían sentimientos antialemanes, antimagyares, pero de los que estaba separado por las tendencias dirigidas hacia el zarismo o de una Austria con predominio eslavo. Bakunin estuvo, pues, aparte de muy pocos jóvenes, en tanto que eslavo, siempre solo, pues, a los polacos no les podía ofrecer lo que exigían y a los demás eslavos frente al poderoso zar no podía ofrecerles más que su buena voluntad y su esperanza en una revolución rusa que todavía tardó casi sesenta años en venir. Ese completo aislamiento explica también el fracaso de sus esfuerzos eslavos frente a los alemanes, que no disolvieron según su mero deseo y su manifiesto, sus asociaciones estatales, porque veían que él no podía realizar por su parte algo de su programa. Finalmente ocurrió que él, que había fomentado en Praga, en junio de 1848,

con los otros eslavos, según sus descripciones, el odio a Alemania, en el otoño del mismo año trató de asociar con buen tino los movimientos alemanes, eslavos y magyares contra la reacción y que como legítimo revolucionario se adhirió a la revolución donde se encontraba: su participación decidida en la revolución de mayo en Dresde el año 1849 es bien conocida — le produjo sentencias de muerte, prisiones, destierro siberiano y destruyó su salud, hasta su fuga feliz en la segunda mitad de 1861. También su actividad de los años 1862 y 1863 está bajo la inspiración de las aspiraciones eslavas, pero a las cuales se añade ya la seria participación en el movimiento ruso — entonces ya realmente comenzado — y nuevos intentos vanos de entenderse con los polacos.

(1) Las fuentes principales son las cartas de la familia presentadas en gran cantidad por A. Korniloff y la correspondencia con sus posteriores amigos de la juventud, Stankevitch, Belinski y otros. Véase particularmente *Semeistvo Bakuninych* (La familia Bakunin), en *Russkaia Mysl*, Moscú, desde mayo de 1909; en libro: *Los años de juventud de M. Bakunin*, en ruso (Moscú, 1915, XIV, 1, 718 págs., 8°); *Los años de peregrinación de M. Bakunin* (Petersburgo, mayo de 1925, 589 págs.); además cartas en *Byloe Petersburgo*, 1925, N.º 31, pág. 19-57; apéndice N.º 33; también el fragmento autobiográfico publicado por mí en *L'U Société Nouvelle* (Bruselas), septiembre de 1896.

(2) Gutzkow, una mala lengua, escribe en *Rueckblicke auf mein Leben* (1875; pág. 290-291) "su estudio (de Herwegh) está dedicado sólo todavía a Feuerch y — Proudhon. Su misión es la acción".

(3) *Discours du citoyen Proudhon... à l'Assemblée nationale... 31 juillet en réponse au rapport du citoyen Thiers sur la proposition relative à l'impôt sur le revenu. Extrait du Moniteur* (París, 8 págs., 4°).

(4) Además hay cartas que demuestran las relaciones personales con comunistas alemanes — la carta a August Becker, aproximadamente de junio de 1844 (Nota 2518 de mi *Biogr.*), que revela la amistad con éste, Weitling y el curtidor Schmidt cuenta una sottise del "Pariser Korrespondent" (H. Ewerbecy), informa sobre una visita a Cabet y declara a los comunistas franceses en lo que se refieren a la libertad personal "mucho más amplios, mucho más humanos, mucho más altivos y libres"; "están llenos de dignidad y de sentimiento de sí mismos, y por eso tienen también un sentido para la dignidad y la libertad de los demás"... — El 14 de octubre de 1844, a Reinhold Solger (*Biogr. Nota 2519*): "... Estudio mucho economía política y soy comunista de todo corazón". Entonces escribía un "Exposé et développement des idées de Feuerbach. Del Vorwaerts Parisien de entonces dice que "es todavía una hoja mísera, pero que se mejorará pronto"... — El trabajo citado parecía estar próximo a ver la luz en 1845 bajo el título *Sur le Christianisme ou la Philosophie et la Société actuelle*, (según cartas del 29 de marzo y del 1 de mayo de 1845 en *Los años de peregrinación*, pero — a menos que haya aparecido anónimo y haya desaparecido totalmente — no vió nunca la luz y no es vuelto a citar. El 5 de Agosto de 1847, en carta a la señora del profesor Vogt en Berna (*Biogr. Nota 2524*), llama a August Becker (en Strassburg) "un hombre magnífico, un corazón de oro", habla simpáticamente de Simón Schmidt (en París), pero advierte: "aparte de eso vivo casi solo con polacos y me he arrojado enteramente en el movimiento ruso-polaco"...

LUISA LALLANA

¡Hermana mía! ¡Hermana mía!
¡la chispa de tu nombre nos afirma!

¡Antorcha! ¡Sí! Clavada
de pie sobre la historia proletaria;
diseñando el futuro con la diestra
a todos tus hermanos de laceria.

Tu nombre santo es uno más,
es uno más en el dogal,
del cual ha de hamacarse un día
el sacro vendaval de la Anarquía,
el esqueleto infame, la piltrafa,
de esta moral malvada!

¡Luisa Lallana! Mártir. Ruta...
¡Y no puedo seguir, porque la pluma,
se clava en el papel! ¡Y se me atranca
como si fuera una daga!

Pedro GODOY

—(O)—

Guilda de Amigos del Libro

Circular a los socios

Esta semana comenzaremos a distribuir la obra *Dios y el Estado*, por Miguel Bakunin, con prólogo de Max Nettlau, cuarto tomo de las Obras Completas del gran revolucionario ruso. Aquellos compañeros que no la reciban pueden solicitarla; los agentes nos harán llegar su pedido global para los socios de sus localidades respectivas. Se trata de un volumen precioso y oportuno, contiene las mejores páginas de Bakunin y no será leído sin fruto por todos nuestros amigos, convencidos o simpatizantes de las ideas de la revolución y de la libertad.

Tenemos también en prensa la utopía de William Morris: *Noticias de ninguna parte*, con un extenso prólogo histórico y crítico de Max Nettlau sobre Morris y su ambiente y su significación para las nuevas generaciones.

Y en Barcelona se trabaja en la edición de la biografía de Eliseo Reclus, dos tomos, que también recibirán los socios de la Guilda en su oportunidad.

Pero debemos una nueva explicación, o más bien una repetición de la explicación que ya hemos dado, a nuestros amigos.

No disponemos aun de los medios suficientes para asegurar la regularidad de las ediciones mensuales. Es preciso continuar el esfuerzo proselitista, buscar nuevos socios, procurar la regularización de las cotizaciones. Hay todavía importantes localidades del país en donde no contamos con agentes ni con socios. En el exterior no hemos hecho bastante todavía; la Guilda apenas es conocida, aunque de todas partes se nos escribe con gran interés, haciéndonos augurar para dentro de pocos meses un considerable aumento de socios.

Nuestros amigos deben tener presente una cosa: que nosotros no queremos hacer ediciones superficiales, de salida fácil y de lectura inútil. Queremos hacer una obra de cultura, estamos inspirados por una idealidad progresiva y en consecuencia nuestras obras no tienen la salida comercial que podrían tener si quisiéramos explotar la inconsciencia pública.

Además es preciso pensar que las ediciones no pueden ser inferiores a 3.000 ejemplares, para que haya la posibilidad de darlas al precio que las damos.

Todo esto quiere decir que la tarea emprendida no es fácil. Por su parte la imprenta de LA PROTESTA, no teniendo la seguridad de una contribución sólida mensual de nuestra parte, no puede poner todo el personal necesario para el trabajo regular que demanda un libro por mes. Esto nos acarrea contratiempos, pero no nos desanima. Estamos convencidos de la importancia de la obra a que nos hemos consagrado; pero para el buen éxito de la idea cada socio debe considerar todos los inconvenientes del primer año de trabajo a fin de ahorrarnos reproches. Una iniciativa tan vasta como la Guilda no podía funcionar desde el primer momento a la perfección.

Continuaremos, pues, publicando listas mensuales de libros para suplir la falla del libro propio cuando éste no pueda ser publicado. De esa manera iremos reorganizando la Guilda hasta disponer de los fondos suficientes para regularizar el tiraje del libro mensual. Buscaremos todos los meses en las diversas editoriales de este país y del exterior, obras de cuya bondad y utilidad nos sea posible responsabilizarnos y las ofreceremos a los socios aquellos meses que no tengamos una edición propia que ofrecer.

Todos los que nos habían pedido el libro de Buena-casa, "El Movimiento Obrero Español", y a los cuales no se lo hemos enviado por haberse agotado el primer envío que nos llegó, pueden hacer nuevamente el pedido, pues esperamos estos días la llegada de un buen número de ejemplares.

Volvemos a pedir que los socios hagan siempre lo posible de tener un mes, por lo menos, adelantado en la Guilda. También exhortamos a los compañeros y amigos del libro en toda localidad, establecimiento o barrio a que nombren un agente para propender a la difusión de esta institución. A los agentes les rogamos que siempre que hagan el pedido de libros traten de especificar a que número de carnet pertenece cada libro y nunca deben olvidarse de remitirnos la planilla correspondiente que cada agente tiene.

Toda correspondencia dirijase a Benigno Mancebo, Perú 1537, Buenos Aires. Valores y giros a nombre de Juan Poggio, tesorero.

LA COMISION

—(O)—

Publicaciones recibidas

Juan Bebé: *Problemas fundamentales*, 16 págs. Ed. Prismas, Beziers (Francia). Precio: 7 pesetas el 100.

Mensaje leído al inaugurarse las sesiones de la H. Legislatura por el gobernador de Corrientes. Mayo de 1928. Corrientes

Isidoro Aguirrebeña. *Teatro en presentes "El creador alucinado"*, drama cerebral; "Muñecos viejos con vestido nuevo", tragedia grotesca. Editorial "Nuestro tiempo", 119 págs. gr. 8º Precio: \$ 1.00

DOS CUENTOS DE OCTAVIO MIRBEAU EL PAJARO SAGRADO

A pocas leguas de mi choza, en uno de los más fértiles territorios de Francia, hay una propiedad inmensa. Pertenece, desde hace solo diez años, a un banquero célebre, y no sirve sino para citas de caza. El castillo fué demolido, en parte, por la primera Revolución. No queda más que una torre de ladrillos, descoronada, y algunos muros bamboleantes que invaden las hierbas arborescentes y el musgo. El banquero había tenido la idea de reconstruirlo según los planos antiguos; pero ha renunciado a ello, por causa de los gastos que ocasionaría. Posee ya, cerca de París, un dominio histórico; y eso satisface su orgullo. Los pabellones que rodean al castillo, muy bellos y muy bien conservados, han sido habilitados para casa-habitación y presentan todavía un aspecto soberbio, en el vasto parque de árboles gigantes, tapizado por alfombras de musgos reales, que van, ondulando, a reunirse con el bosque de P., un bosque del Estado, afamado por el esplendor de sus altos oqueales. A la derecha, sobre un recorrido de diez kilómetros, se extienden, entrecortadas aquí y acullá, por sotos y bosquecillos, las tierras que dependen de la propiedad. El nuevo poseedor ha engrandecido mucho el dominio primitivo. Alrededor del bosque, ha comprado campos, granjas, bosques, praderas, para crearse una especie de reino inviolable, donde pueda ser el único amo, un amo rudo, implacable y que no chace con sus derechos de propietario, pues no tiene ninguna mira política sobre ese país. Los campesinos, alentados por el oro del banquero, han cedido, poco a poco, el suelo que detentaban. Se han ido a trabajar a otra parte. Solo quedan algunos ancianos, leñadores y pobres. Su encuentro es siniestro y hace estremecer.

Recuerdo haber visto allí, cuando niño, campos cubiertos de mieses, opulentas praderas, granjas de donde se escapaba, alerta y jovial, la buena canción del trabajo. ¡Cómo ha cambiado todo eso, ahora! No reconozco ya nada de mis paisajes familiares. Se diría que un mal viento ha destruido, repentinamente, esa alegría generosa del suelo, ha secado esa savia antes tan poderosa. No más, no más avena. Los vallados mismos, de ranúnculos anchos y frondosos, están arrasados. A la derecha y a la izquierda de la ruta, hasta el deslinde del bosque, simétricamente, los campos están llenos de mahonias sombrías y raquíticas y, aquí y acullá, se han sembrado cuadrados de alforfón y de alfalfa que se deja pudrir en pie. Los cercados erizan sus estacas de madera apretadas una contra otra, y defienden los accesos de ese dominio infranqueable donde se pavonea el fisan, donde el fisan tiene maneras de pájaro sagrado, de pájaro divinizado, alimentado con bayas perfumadas, granos preciosos, servidos por guardianes vigilantes y devotos como los sacerdotes de barba trenzada, que velaban en el antiguo Egipto sobre los ibis sagrados. Las perreras, con cimbalillos, e inmensos criaderos de faisanes, con torrecillas, reemplazan a las granjas de techo musgoso, y enrejados rígidos de alambre se alzan ahí donde veíanse antes elevarse vallas de avellanos y subir, tan finos, tan ligeros hacia el cielo, los ojaranzos de follaje plateado. Aquí y acullá, las casas de los guardias lanzan sobre la campiña las miradas de sus temibles ventanas. Los

pobres que erran a la ventura y los atorrantes en busca de un abrigo nocturno pasan pronto sobre esa tierra, donde nada hay para sus fatigas ni para su hambre, y donde hasta los ribazos de los fosos son hostiles hacia ellos. Si por casualidad los pequeños mercachifles, equívocos y lastimosos vagabundos de mercados, parásitos de ferias, se atrasan en esos caminos ingratos, se ven pronto arrojados por los guardias. Apenas han desatado y puesto las manijas a su escualido jaco, apenas han encendido un fuego de hojas recogidas y de leña seca para hacer cocer sus patatas, cerca del carricoche cuyas varas están alzadas y el toldo desgarrado, llegan los guardias.

—¡Idos, bandidos!... ¿Qué hacéis aquí?

—Pero el camino es de todo el mundo...

—¿Y la leña que has robado, es de todo el mundo?... Vamos camina... ¡al diablo!... o te formulo un proceso...

Y a veces, levantándose, un faisán acompaña esas palabras amenazadoras con un burlesco ruido de alas.

Se ve a los volátiles sagrados cruzar en bandadas, tras los enverjados, dentro de los senderos, bajo las espesuras umbrosas de los mahonias entre las ramitas temblorosas del alforfón, encaramarse orgulloosamente sobre las alfajas de los cercados, insolentes en su plumaje de ricos malos, empolvase en el camino al sol. Se tiene la obsesión del faisán; en todas partes donde la vista alcance, encuentra un faisán. El fusil en el hombro, el aire salvaje, los guardias están escalonados a lo largo del camino, y velan sobre los pájaros que los campesinos podrían, al pasar, matar de un garrotazo. Esos hombres con kepi, que os toman la filiación con un vistazo brutal, esos cañones de fusil que brillan en el aire, esos campos arrasados o cubiertos de follajes oscuros, concluyen por atormentaros. No se sabe ya donde se está. Parece que se camina en país enemigo, sobre un suelo asolado y conquistado. Os llegan recuerdos negros de antaño, inciertas y dolorosas visiones de derrotas pasadas... ¡Sí, era la misma tristeza, el mismo silencio, el mismo duelo de la tierra, la misma pesadez allá en el horizonte! ¿Qué ocurrirá? ¿Cuántos desastres en los recodos del camino?... Esa evocación de los días sombríos, de las grandes llanuras pisoteadas, os entra en el corazón, os persigue, os enloquece. Y las estacas del cercado, erizando de cada lado del camino sus puntas relumbrantes, os hacen el efecto de bayonetas victoriosas, ondulando, a pérdida de vista, bajo la implacabilidad del cielo.

Hacia mucha calor ese día, y como había caminado durante un largo rato, tenía mucha sed; me detuve a la puerta de una pequeña casucha tristemente encorvada a la orilla de la ruta y pedí leche. En el fondo de la pieza, había un hombre comiendo un pedazo de pan duro. No se volvió. Algunos niños, en andrajos, hormigueaban alrededor de él. Un fusil estaba colgado encima de la chimenea. Desde ese interior triste, se exhalaba un violento olor de pobreza. Al apercibirme, un niño, atemorizado, lloró. Entonces, una mujer que no había visto, pareció salir de la sombra. Estaba horriblemente flaca y arrugada, semejante a un espectro de miseria. Sus ojos tenían una luz de odio tal, un tal brillo de crimen, que me intimidaron. Me miró durante algunos segundos, te-

rrible y muda; después, alzando los hombros, dijo:
—¡Leche!... ¿Pedís leche?... Pero no hay leche aquí!... Se necesitarían vacas para eso! Y pues! no hay más que faisanes, faisanes malditos!...

Y miró ante ella, con aire feroz, a los campos de mahonias que se extendían a lo lejos, protegiendo con su sombra y nutriendo con sus bayas al pájaro maldito que le había arrebatado su campo.

El hombre no había levantado la cabeza. Sentado sobre un escabel, el lomo encorvado, los dos codos sobre sus rodillas, continuaba comiendo su pedazo de pan duro. Sobre el suelo trillado, los niños, confusamente acurrucados, montón de andrajos y de carnes amarillentas, seguían chillando, atemorizados por mi presencia. Penetré en el chiribitil, conmovido por tanta pobreza.

—Parecís bien desdichados, amigos míos, dije, distribuyendo a los niños algunas piezas de moneda. ¿Por qué no os habéis marchado de aquí? Todo el mundo se ha marchado de aquí.

—¿Dónde ir, pues?... — me preguntó la mujer.

—No se... A cualquier parte... ¿Y no tenéis trabajo aquí?...

—Talaba los árboles, en el castillo... Pero lo han echado, esos canallas, porque dicen que va a apostarse, de noche, para matar faisanes... ¡Esos bandidos!... Lo han arrestado tres veces, y lo han hecho condenar a ocho días de cárcel... Ha vuelto anteayer.

—¡Cállate! — dijo el hombre, que volvió hacia mí su rostro de bestia desconfiada y perseguida.

—¿Por qué quieres que me calle?

—¡Cállate! — volvió a decir con voz imperiosa.

En ese momento apareció un guarda sobre el umbral de la puerta. La mujer se abalanzó hacia él, toda vibrante de cólera, como para impedirle la entrada.

—¿Qué vienes a hacer aquí? Te prohibo entrar aquí... ¡No tiene el derecho de entrar aquí! Vete!

El guardián quería entrar. La mujer rugió:

—¡No me toques asesino!... No me toques!... o te arrepentirás, te lo digo yo.

Entonces el guardián preguntó:

—¿Está aquí Motteau?

—Eso no te importa...

—¿Está aquí Motteau?

—¿Que le quieres todavía?

—He vuelto a recoger plumas de faisán, esta mañana, en la Vía-Blanca... y he reconocido en el suelo las huellas de Motteau.

—¡Mientes!...

—¿Miento?

—Sí, mientes...

—No, en verdad, no miento... Y dile que se cuide bien... Porque la próxima vez que se le arreste, será la buena...

—Cuidate, tú mismo... asesino, ladrón..., porque, porque, porque...

Motteau se había levantado y se adelantó hacia la puerta.

—Vamos cállate..., — dijo a su mujer.

Y dirigiéndose al guardia:

—Estás equivocado, Bernardo... No era yo... Estoy harto de tu cárcel... No era yo... Anoche estaba enfermo, tenía fiebre... No era yo...

—Digo lo que digo... ¿Y ese fusil, encima de la chimenea?... Se te había confiscado el tuyo, sin embargo...

—¿Ese fusil?

—Sí, ese fusil...

—No es nada. Es un viejo fusil que no dispara... No es para tus faisanes, ese fusil.

Los dos hombres cambiaron una mirada de odio salvaje. Y después, habiéndome lanzado un vistazo sospechoso, el guardia se fué, repitiendo todavía:

—Digo, lo que digo.

Entonces, Motteau volvió a tomar su lugar sobre el escabel, y durante un largo tiempo, perdido en un sueño sombrío, mientras su mujer gemía, miró a su fusil, cuyos cañones herrumbados se entristecían, esperando la emboscada de las noches vengadoras, y el drama sangriento de la espesura, bajo el astro nocturno.

EL NIÑO

Y Motteau, habló así:

—“He ahí, señor presidente... habéis oído a toda esa gente, mis buenos vecinos y mis queridos amigos... No me han perdonado; es justo... ¡Oh! no metían mucha bulla, mientras estaba yo en la Boulaie-Blanche, y mientras no había gendarmes entre ellos y los cañones de mi fusil... No me querían, seguramente, pero se hubiesen guardado muy bien de demostrar su odio, porque sabían que no se chancea con Motteau... Hoy, es otro cantar... Mirad, me encojo de hombros y río, a pesar mío... Maheu, el tuerto Maheu, que ha venido a decirnos que yo era un asesino y un ladrón, pues bien, Maheu es quien ha muerto, el año pasado, al guarda de Blandé, en el mercado de Gravoir... No digas que no, canalla, estaba contigo... Léger, el jorobado Léger que recién os ha dicho un montón de hipocresías. Léger ha cometido el robo en la iglesia de Pointillón, hace seis meses... ¡Oh! no tendrá la audacia de negarlo... Hemos dado el golpe juntos... ¿No es cierto, Léger?... No sabéis, señor presidente, quién ha retorcido el pescuezo de maese Jacquinot, cuando se

volvía a su casa, la noche de la feria de Feuillet?... Habéis encarcelado a un montón de inocentes por eso, abierto sumarios y sumarios... Es Sorel, Sorel, el que hace poco os pedía mi cabeza... Y bien! qué? no protestas, camarada? Es que no hay medio; mientras estrangulaba al viejo, yo hurgaba en los bolsillos, jé, jé!... Ah! mis amigos, ya no sois soberbios, ni arrogantes, tembláis, palidecís y os decís que al denunciar a Motteau de quien queríais desembarazaros, os habéis denunciado a vosotros mismos, y que la misma guillotina nos cortará la cabeza a todos!...

“Señor presidente, lo que os digo, es la verdad... y podéis creerme... somos todos así en la Boulaie-Blanche. ¡Que diantre! eso se comprende!... a dos leguas, todo alrededor del caserío no hay tierra, sólo helechos y aulagas por un lado; sólo arena y piedra por otro... Pequeños abedules raquíticos aquí y acullá, o bien pinos que se achaparran y no crecen... Ni siquiera las coles brotan en nuestros jardines... Es un pis maldito... ¿Cómo queréis que se viva ahí?... La oficina de beneficencia, no es cierto?... Una buena farsa, esa; no da nada y si da algo, es sólo a los ricos... Entonces, como el bosque no está

lejos, se empieza por cazar furtivamente... A veces, hay beneficio, pero hay también la mala estación... sin contar a los guardias que os acorralan, los procesos, la cárcel... Dios mío! la cárcel, no es nada todavía! Uno está mantenido, y después se hacen lazos en ella, esperando la salida... Os lo pregunto, señor presidente, qué haríais en nuestro lugar?... Trabajar a lo lejos?... Ir a colocarse en las granjas?... Pero si decimos que somos de la Boulaie-Blanche, es como si se llegara del infierno... nos arrojan a horquillazos... Entonces, hay que robar, puesto que es preciso vivir... Y cuando se decide robar, hay que decidirse también a matar... Uno no va sin lo otro... Es justo! Si os cuento todo eso, es porque es necesario sepáis lo que es la Boulaie-Blanche, y que la culpa es más de las autoridades, que nunca se han ocupado de nosotros y que nos aíslan de la vida, como a perros rabiosos o a pestíferos.

“Ahora, llego al asunto.

“Me casé hace justo un año y mi mujer estuvo en cinta desde el primer mes... Reflexioné. Un niño para mantener cuando ya no hay para alimentarse a sí mismo, es tonto. Hay que hacer desaparecer eso, dije a mi mujer. Justamente, había cerca de nuestra choza, una vieja vagabunda que entiende de esos maneños... Mediante una liebre y dos conejos que le doy, trae plantas a mi mujer y después polvos, con los cuales combina no sé qué brebaje... Se ensaya más de veinte veces... nada. La vieja vagabunda nos dice: “No os inquietéis, está bien muerto, os digo que saldrá muerto”. Como tenía la reputación en el país de ser una bruja muy sabia, no me preocupé más y me digo: “Bueno, saldrá muerto”. Pero había mentido esa vieja ladrona, lo vais a ver.

“Una noche, ayudado por un hermoso claro de luna, había cazado un corzo... Volvíame con el corzo sobre el hombro, muy contento, porque no se cazan corzos todas las noches... Eran cerca de las tres, cuando llegué a casa... Había luz en la ventana... Eso me extraña, llamo a la puerta, que está siempre atrancada por dentro, cuando yo no estoy... Nadie abre. Vuelvo a llamar más fuerte... Entonces oigo como un débil quejido, después una blasfemia, después un paso arrastrándose sobre las baldosas... ¿Y qué veo?... ¡Mi mujer casi desnuda, pálida como la muerte y toda salpicada de sangre!... Al pronto, pienso que han querido asesinarla... Pero ella me dice: “No hagas tanto ruido, imbécil, no ves que estoy de parto?” ¡Truenos de Dios!... Debía ocurrir un día u otro... Sin embargo, en ese momento, estaba a cien leguas de eso... Entro, arrojo el corzo en un rincón, cuelgo el fusil en el clavo: “¿Está muerto, al menos?”, pregunto. “¡Ah, sí, muerto!... ¡Toma!” Y vi sobre la cama, en medio de pañales sangrientos, una cosa desnuda que se retorció... Miro a mi mujer, mi mujer me mira, y durante cinco minutos quedamos silenciosos. Sin embargo, había que tomar una resolución.

—¿Has gritado? — dije a mi mujer.

—¡No!

—¿Has oído a alguien rondando alrededor de la casa?

—¡No!

—¿Por qué encendiste la luz?

—No hacía dos minutos que la vela estaba encendida cuando llamaste.

—¡Está bien!

“Entonces cojo el niño por los pies y rápidamente, como se hace con los conejos, le doy, con la mano, un golpe vigoroso sobre la cabeza... Después de eso, lo meto en un saco, y vuelvo a tomar mi fusil... Me

creeréis si lo queréis, señor presidente, pero os doy mi palabra de que he ignorado siempre si era varón o mujer...

“Fuí hacia la Fuente del Grand Pierre... Todo alrededor, hasta el horizonte, no había sino helechos raquíticos que crecen entre montones de piedras. Ni un árbol, ni una casa cercana, ni un sendero que desembocara ahí... Como seres vivientes, se ven sólo, a veces, ovejas que pacen y algunos pastores, de tiempo en tiempo, cuando no hay más hierba, allá, en los campos... Cerca de la Fuente hay una cantera de marga, profunda y abandonada desde hace siglos... Las malezas disimulan a la vista la boca abierta de los pozos... Es allí donde voy a esconder mi fusil, cuando se me advierte la visita de los gendarmes... ¿Quién osaría aventurarse en ese paraje desierto, que muchas personas creen frecuentado por los fantasmas?... Entonces, no había que temer... Arrojé el niño en la cantera y oí el ruido de su caída, en el fondo... ¡ploc!... El alba punteaba muy pálida, detrás del monte...

“Al volver en el camino de la Boulaie-Blanche, del otro lado del vallado, apercibí una forma gris, algo como el lomo de un hombre o de un lobo — no se distingue siempre bien en la semioscuridad, a pesar de la costumbre — que se deslizaba despacito, se bajaba, se arrastraba, se detenía... “¡Hola!” grité con voz fuerte, si eres un hombre, hazte ver, o tiro. — ¿Hombre, eres tú — dijo la forma levantándose de repente. — Sí, soy yo, Maheu, y acuérdate bien que hay siempre un tiro de munición en mi fusil para los que son demasiado curiosos. ¡Oh! no hay ningún mal. Recogía mis lazos. Pero dí, no sólo los corzos balan cuando se les mata... — No, lo hacen también los cobardes como tú, maldito tuerto”. Apunté, pero, no sé por qué, no tiré... he hecho mal. Al día siguiente, Maheu iba a buscar a los gendarmes...

“Ahora, señor presidente, escuchadme bien... Hay en la aldea de la Boulaie-Blanche treinta fuegos, es decir, treinta mujeres y treinta hombres... ¿Habéis contado cuántos niños vivos hay en estos treinta fuegos?... Hay tres... Y los demás, los ahogados, los estrangulados, los enterrados, los muertos, en una palabra?... ¿Los habéis contado?... Id a cavar la tierra allá, a la débil sombra de los abedules, al pie raquítico de los pinos, sondead los pozos, removed los guijarros; esparcid al viento la arena de las canteras; y en la tierra, bajo los abedules y los pinos, en el fondo de los pozos, entre las piedras y la arena, hallaréis más osamentas de párvulos que de hombres y de mujeres hay en los cementerios de las grandes ciudades... Id a todas las casas y preguntad a los hombres, los jóvenes y los viejos, preguntadles qué han hecho con los hijos que les dieron sus mujeres... Interrogad a Maheu, Léger, Sorel y todos, todos. ¡Y bien! Maheu, ya ves que no sólo los corzos balan cuando se les mata...”



EDITORIAL "LA PROTESTA"

HISTORIA

M. Nettlau.—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873). — 132 páginas en 8.º mayor, 1925, \$ 0.50

Edición especial en papel pluma, \$ 1.
Encuadernado en tela, \$ 2.50.

Errico Malatesta, la vida de un anarquista. — Trad. de D. A. de Santillán. 262 págs. en 8.º, 1923, \$ 1.20.

Edición espec. papel pluma, \$ 2.—
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

Fernand Pelloutier y el sindicalismo.— 44 págs., 1927, \$ 0.15.

Rocker Rudolf.—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. 2 tomos de 350 páginas cada uno, precio de cada tomo \$ 1.50.

Rudenko.—

En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista — Trad. del ruso por J. Company, 1922, \$ 0.15.

Guillaume J.—

Miguel Bakunin. — Noticias biográficas, 42 págs., 1924, \$ 0.20.

FILOSOFIA DEL ANARQUISMO

Obras completas de Bakunin Miguel

I La Revolución Social en Francia. tomo primero. Prólogo de M. Nettlau, trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs., 1924.

II La revolución social en Francia. tomo segundo, prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 287 págs., 1925.

III Consideraciones filosóficas.— Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 350 págs., 1920.

Precio \$ 1.50 c/u.
Encuad. en tela . . . \$ 3.50 c/u.
(La serie continúa)

"TEMAS SUBVERSIVOS"

Un volumen de 350 págs., \$ 1.50

Malatesta Errico.—

Anarquía. — 48 págs., 1927, \$ 0.20.

En el café.—Trad. de D. A. de Santillán, prólogo de L. Fabbri, 108 págs., 1926 \$ 0.30.

Kropotkin P.—

Conferencias. I. — *El Estado, su rol histórico. El Estado moderno.*— Un vol. de 146 págs., 1923, \$ 0.50.

Encuadernado en tela \$ 1.50.

Fabbri L.—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.—Un tomo de 110 págs., 1923, \$ 0.50.

Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs., \$ 0.20.

C. Lombroso y R. Mella.—

Los anarquistas (Estudio y réplica)— 166 págs., \$ 1.—.

Nacionalismo y anarquismo.—64 págs., 1927, \$ 0.20.

UTOPIAS LIBERTARIAS

Faure Sebastián.—

Mi comunismo (La felicidad universal). — Un vol. de 432 págs., 1922, \$ 2.
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

J. Dejacque.—

El Humanisferio. — Un vol. de 142 páginas. Prólogo de M. Nettlau y Eliseo Reclus, 1927, \$ 0.50.

FOLLETOS DE PROPAGANDA GENERAL

E. Reclus

A mi hermano el campesino. — \$ 0.10.

Crusao Juan.—

Carta Gaucha. — 6.ª edición, 30 págs., 1924, \$ 0.10.

Abad de Santillán D.—

La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. — 28 páginas, 1926, \$ 0.10.

Rudolf Rocker.—

La maldición del practicismo. — 32 págs., 1926, \$ 0.10.

Souchy Agustín.—

La Ucrania revolucionaria. (Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920). — Un vol. de 62 págs., 1922, \$ 0.30.

P. Kropotkin.—

A los jóvenes. — 28 págs., 1926, \$ 0.10.

Radowitzky S.—

La voz de mi conciencia. — 16 págs., \$ 0.10.

VARIOS

Certamen Internacional de "La Protesta". — 160 págs. 4.º, 1927, encuadernado en tela, \$ 2.—

Faure S.—

La falsa redención. — \$ 0.10

La dictadura de la burguesía. — \$ 0.10

La patria de los ricos. — \$ 0.10.

La podredumbre parlamentaria.—\$ 0.10

La moral oficial y... la otra. \$ 0.10

La mujer. — \$ 0.10

El niño — \$ 0.10.

Las familias numerosas. — \$ 0.10

Los oficios odiosos. — \$ 0.10

Las fuerzas de la revolución. — \$ 0.10

La conmoción revolucionaria. — \$ 0.10

La verdadera redención. — \$ 0.10